



PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE EDUCACIÓN

LAS TIC COMO ESPACIOS DE LUCHA POR LA JUSTICIA SOCIAL

**Trabajo de grado para optar por el título de Licenciado en Educación
Básica con Énfasis en Humanidades y Lengua Castellana**

MARÍA DEL PILAR LINDO RANGEL

Profesor Guía: Nubia Gaitán Feo

Villavicencio, Enero de 2013

“...en este mundo no se consigue nunca lo posible

sino se intenta lo imposible una y otra vez.”

Max Weber (La política como vocación)

Índice

RESUMEN.....	5
ABSTRACT	5
INTRODUCCIÓN	6
ANTECEDENTES Y PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	8
PROBLEMA.....	8
JUSTIFICACIÓN	12
OBJETIVOS	24
OBJETIVO GENERAL	24
OBJETIVOS ESPECÍFICOS	24
MARCO TEÓRICO	25
POLÍTICA DEL ACONTECIMIENTO	31
TEORÍA DEL ACONTECIMIENTO, RESISTENCIA Y TIC	34
POBLACIÓN	45
ESTRATEGIA METODOLÓGICA	50
LA PARTICIPACIÓN JUVENIL Y LA POLÍTICA DEL ACONTECIMIENTO	53
LAS TIC Y LA RESISTENCIA	57
EL CASO LATINOAMERICANO	63
FACEBOOK Y BLOGS FRENTE A LA LUCHA POR LA JUSTICIA SOCIAL	67
EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN COLOMBIA	71
PODER, RESISTENCIA, TIC Y MOVIMIENTO ESTUDIANTIL COLOMBIANO.....	77

INTERVENCIÓN EN LA ESCUELA.....	85
NUEVOS DESAFÍOS.....	88
CONCLUSIONES.....	89
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	96

RESUMEN

La tesis central del escrito es la comprensión de las Tecnologías de la Información y la Comunicación como dispositivos socioeducativos, espacios de configuración de una lucha por la justicia social y mecanismo colectivo de activismo social a partir de la teoría del acontecimiento. Desde allí, este documento pretende analizar las Tecnologías de la Información y la Comunicación a través del Movimiento Estudiantil Colombiano en tanto movimiento de resistencia, con el objetivo de plantear posibilidades que permitan integrar las TIC al ámbito pedagógico en función de desarrollar en los estudiantes un pensamiento crítico y analítico en relación con el contexto social, político, económico, ambiental y cultural de la escuela en cuestión.

ABSTRACT

The main thesis of this document relies in the comprehension of the Information and Communication Technologies as a socioeducative mechanism for the configuration of a struggle towards social justice through collective activism from the theory of the event as the theoretical basis. From that perspective, this document aims at the analysis of the ICT through the Colombian Student Movement as a movement of resistance, having as an objective the proposal of possibilities that could let to the integration of the ICT to the pedagogical field in

order to develop critical and analytical thinking in the students in relation to the social, political, economic, environmental and cultural context of the school.

INTRODUCCIÓN

A pesar de los numerosos problemas por los que ha atravesado la sociedad colombiana a lo largo de su historia, la dinámica de los movimientos de resistencia no se ha manifestado a la par del nivel de las injusticias sufridas por la mayor parte de la población. Por esta razón, este documento pretende analizar los recientes movimientos de resistencia mediados por las Tecnologías de la Información y la Comunicación en función de integrarlas al ámbito pedagógico en aras del desarrollo de un pensamiento crítico y analítico en relación con el contexto social, político, económico y cultural de la escuela en cuestión. Lo anterior adquiere relevancia en tanto de las nuevas generaciones, y sus mediaciones con la escuela y las nuevas tecnologías, depende la apertura de nuevas y mejores posibilidades para el presente y futuro de nuestra sociedad.

En este sentido, este documento tiene como objetivo analizar las Tecnologías de la Información y Comunicación como un espacio en el cual la lucha por la justicia social se configura como una posibilidad, y problematizarlas como dispositivos socioeducativos de participación política en el caso concreto del Movimiento Estudiantil Colombiano por medio de relaciones de poder, resistencia y acción comunicativa. Lo anterior se lleva a cabo desde el análisis de conceptos claves que permiten la conexión entre las relaciones de poder, la

configuración de subjetividades y los movimientos de resistencia desde la teoría del acontecimiento en una población de jóvenes sumergidos en una sociedad de desigualdad como es el caso colombiano.

El texto está organizado a partir del planteamiento del problema, los objetivos, el marco teórico, la población y la metodología hacia un posterior análisis de lo anterior en una relación entre los conceptos trabajados, el Movimiento Estudiantil Colombiano y las manifestaciones que se presentaron como resultado de la aprobación de la Ley 30 en el año 2011.

ANTECEDENTES Y PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

PROBLEMA

Para hallar, identificar, delimitar y plantear un problema y su posterior pregunta, se hace necesaria una contextualización y descripción que lleven al planteamiento de ideas con sus conceptos e imágenes, acontecimientos que movilicen a la acción y preguntas que conecten las ideas y los acontecimientos de alteridad. En este panorama, y en el caso puntual de esta propuesta, se parte de la escuela como “terrenos (criticados) marcados no solo por contradicciones estructurales e ideológicas sino también por resistencia estudiantil colectivamente formada. En otras palabras, las escuelas son sitios sociales caracterizados por currículos abiertos y ocultos, culturas subordinadas y dominantes, e ideologías de clase en competencia. Por supuesto, conflicto y resistencia tienen lugar dentro de relaciones de poder asimétricas que tienden a favorecer a las clases dominantes, pero el punto esencial es que hay complejos y creativos campos de resistencia a través de los cuales las prácticas mediadas de clase y sexo frecuentemente niegan, rechazan y expulsan los mensajes centrales de las escuelas” (Giroux, , p. 4). Una escuela es “un territorio para el despliegue de los dispositivos pedagógicos” (Valera, 2001, p. 25), en cuanto es la institución encargada de impartir la formación necesaria para desenvolverse e integrarse a un determinado contexto social y, en cuanto la pedagogía es un dispositivo de regulación y reproducción sociocultural, “de poder, de saber y de subjetivación en relación directa con las relaciones de poder, comunicación y capacidades” (Valera, 2001, p. 26) que se constituye, en últimas, en una operación productora

de personas (Larrosa, 1995). Así, se partirá desde una visión de la escuela que mira los efectos de índole individual y colectivos más allá de contenidos curriculares en lo relacionado con la constitución de los sujetos, los grupos sociales y la formación de subjetividades – entendida desde Foucault como “el modo en que el sujeto hace la experiencia de sí mismo, en un juego de verdad en el que está en relación consigo mismo” (Foucault, 1984 citado en Larrosa, 1995, p. 15) --, y en tanto es la escuela y los dispositivos pedagógicos que tienen lugar en ella los que construyen y median las relaciones de la experiencia de sí, del sujeto consigo mismo (Larrosa, 1995 citado en Vanegas, 2001) y de éste con su contexto ya sea inmediato, mediato o global. Se partirá, por tanto, de “una pedagogía que no percibe la incertidumbre como un error humano, sino justamente como lo que nos vuelve humanos, porque tiene que ver con nuestra condición de *infans*” (Bárcena, 2001).

De igual manera, y como elemento fundamental en cualquier aproximación relacionada con el comportamiento humano, se hace necesario tener en cuenta que la estructura humana, y por tanto social, requiere inevitablemente de fuerzas de poder que medien las relaciones ya que el poder es inmanente a ellas. Estas relaciones de poder nos hacen dominadores o dominados dependiendo de nuestras capacidades y, por tanto, también implican resistencia, ya que en ellas se mueven complejos procesos de autoformación, agenciamiento, líneas de fuga, entre otros. Todo lo anterior adquiere una particular significación en un ser humano rodeado por medios de comunicación de masas en tanto componentes de una explosión y multiplicación generalizada de visiones de mundo. Esta lógica de la información que, de alguna manera, hace que todo se convierta en objeto de comunicación, ha permitido una pluralización tanto de culturas como de realidades (Vattimo, 1994).

Con base en lo anterior, se visibiliza un ser humano mediado por la escuela y la tecnología que construye su identidad y una posición de resistencia frente a las relaciones de poder y sus sistemas en las sociedades actuales a través las tecnologías de la información y la comunicación de diferentes formas y con diversas implicaciones de doble vía. En este sentido, el acontecimiento problémico que da surgimiento a este trabajo de investigación, radica en el hecho de este sujeto antes descrito, sus necesidades, sus resistencias y su contexto, con frecuencia no hacen parte de la escuela, y el uso pedagógico de las tecnologías no integran una posibilidad concreta de transformar a ese sujeto que integra la juventud estudiantil colombiana, de resolver sus necesidades, de enfocar sus resistencias o de mejorar su contexto. En este sentido, la escuela, desde una perspectiva general en el caso colombiano, no está haciendo uso de nuestro atropellado contexto para hacer de los estudiantes y, por tanto, de nuestra juventud, sujetos activos políticamente que puedan generar cambios sociales por medio de las tecnologías como dispositivos de lucha y cambio.

La escuela, en tanto terreno en el que la resistencia estudiantil se conforma como un colectivo, tiene la responsabilidad social de hacer de estos conflictos y resistencias sus objetos de estudio, de análisis y de acción encaminando la formación de los estudiantes hacia el desarrollo de un pensamiento crítico, analítico y propositivo encaminado a una responsabilidad social colectiva que plantee la transformación y la construcción de sociedad como un eje central del ser ciudadanos desde la participación ciudadana de diferentes formas y con diferentes implicaciones. De esta manera, se intenta hacer posible otra escuela que, de la mano de la tecnología y el conocimiento, reconozca también los grupos de poder, la construcción de nuevos proyectos de sociedad, el sujeto de aprendizaje y sus mediaciones con las instituciones.

En este orden de ideas y como parte del planteamiento de una propuesta de investigación, la cual requiere, en principio, una conceptualización del tipo de enfoque investigativo a realizar, se parte de diversos textos con base en los cuales se elabora un diálogo en aras de su discusión y análisis en la construcción de un problema y de una pregunta que permita la posibilidad de desarrollar un proyecto de investigación. Así, y citando a Lichilín (1999):

(...) el punto de partida de un trabajo investigativo es la creación de un conjunto de condiciones en las cuales cada uno de nosotros identifica su objeto dentro de un universo que no está sometido a la normatividad exterior o a las exigencias de la satisfacción de necesidades, al reconocimiento o la rentabilidad, sino que logra ubicarlo en un espacio en el cual el deseo personal juega un papel fundamental, en donde el objeto de investigación se convierte en un impulso vital que luego será ampliado a través de las herramientas conceptuales o imaginarias (p. 7).

Se parte, entonces, en este punto del proceso, de dos nuevos planteamientos: hay una reconceptualización del problema como herramienta de investigación y, para desarrollarlo, se requieren herramientas conceptuales. Así, la perspectiva del concepto de problema usada en el presente documento, corresponde a aquella de la lógica del sentido, bajo la cual el problema es un modo de producción de sentido que se construye a partir de un momento de incertidumbre en aras de la creación y la producción de otras formas de pensar (Lichilín, 1999). Es decir, los problemas son la forma de relacionarnos con el mundo y la problematización es la forma de cambiarlo. En este orden de ideas, el problema está en directa relación con el deseo y la intuición del individuo en aras de ese impulso vital que ha de nutrirse de los conceptos para ofrecer, encontrar o descubrir esas soluciones implícitas en el

problema mismo, de manera que el problema constituye el camino hacia la producción de conocimiento.

Tras esto, el panorama del problema se abre hacia una tríada conformada por las ideas – sus conceptos e imágenes - , los acontecimientos y las preguntas; siendo las ideas aquellas que dan forma al pensamiento y materializan la acción que ha de transformar, los acontecimientos aquellos eventos cotidianos que nos movilizan hacia esa acción, y las preguntas aquel puente entre las ideas y los acontecimientos en una relación directa con una situación de alteridad. Tras este marco conceptual, el conflicto no es puramente de naturaleza teórica, más sí es un conflicto interior entre una larga tradición de ver el problema como una dificultad que debe ser superada y una nueva perspectiva del problema como una oportunidad de creación que, en medio de los numerosos y disímiles acontecimientos que afloran día tras día seguidos por aún más preguntas, dotan a la profesión del maestro de un rol aún mas significativo en esta construcción de sentido.

JUSTIFICACIÓN

La memoria de los campos de muerte de la Segunda Guerra Mundial, así como otras innumerables demostraciones de los alcances de la maldad y la injusticia llevados a cabo por nosotros mismos contra nosotros mismos en diversos contextos y momentos históricos, deben arruinar nuestra calma y menoscabar nuestro espíritu en función de respuestas que no nos permitan repetir nuestra historia. Auschwitz fue el resultado de un siglo del progreso y la civilización, de la razón, la libertad y la dignidad humanas como pilares ideológicos del

humanismo, los cuales, sin embargo, no nos permitieron evitar quedar impertérritos ante semejante crimen (Bárcena & Mélich, 2002). La educación no puede permitirse conciliarse con la historia sin que ella la haga reconsiderar sus bases fundamentales y sus implicaciones en la historia misma porque esta sociedad informacional es también “el mundo de Aum Shinrikyo, de la American Militia, de las ambiciones teocráticas islámicas/cristianas y del genocidio recíproco de hutus/tutsis” (Castells, 1996, p. 73), pero, al mismo tiempo, y en medio de esta gran complejidad, también es el mundo de las *WikiLeaks*, del *Creative Commons*, de los blogs y de las redes sociales lo cual está cambiando nuestra perspectiva hacia la consolidación de un concepto de historia que se construye permanentemente por los usuarios de la red.

En ese orden de ideas, y al reconsiderar esas bases fundamentales de la educación misma, se hace también necesario tener en cuenta la lógica empresarial capitalista por la cual pasa la escuela y de la cual las Tecnologías de la Información y la Comunicación son un resultado. De esta manera, estos llamados procesos de modernización de la escuela se fundamentan básicamente en un discurso hegemónico internacionalmente globalizante directamente ligado con intereses empresariales, productivistas y capitalistas, aunque desde especificidades particulares hacia la consolidación de lo que se ha denominado recientemente un “capitalismo cognitivo” (Mejía, 2008) lo cual tiene implicaciones directas en el ser humano como sujeto pedagógico.

En este sentido, no es posible desligar el ser humano de su historia y su contexto ya que en tanto el mundo no es el mismo, el ser humano tampoco lo es. Hablamos de “(...) un período histórico caracterizado por una amplia desestructuración de las organizaciones, deslegitimación de las instituciones, desaparición de los principales movimientos sociales y

expresiones culturales efímeras” (Castells, 1996, p.73). Si el saber cambia al mundo, las nuevas tecnologías de la educación han modificado significativamente la aproximación y la construcción de ese saber, las relaciones entre los seres humanos y de éstos con su entorno, así como su visión de mundo en la medida en que “los medios y las tecnologías construyen sujetos diferentes”, “unos sujetos íntima y estructuralmente mediados por sus interacciones desde y con la tecnología” (Blanco, 2006, p. 42). Producimos información y entretenimiento y lo publicamos para el mundo entero con una facilidad antes inimaginable lo que tiene una estrecha relación con la distribución del poder en lo que constituye una de “las más profundas mutaciones que una sociedad puede sufrir” (Barbero, 2003, p.18). Las casi infinitas posibilidades que la tecnología ha abierto a la mente humana han trazado el camino para una nueva concepción del ser humano en tanto ser individual y colectivo. Al tiempo que la individualidad ha recobrado importancia y “la identidad se está convirtiendo en la principal, y a veces, única fuente de significado” (Castells, 2006, p.73), la colectividad ha demostrado su trascendencia no sólo en la producción de conocimiento sino en el uso de esa abierta comunicación para encontrar medios de cambio. El tiempo de la enciclopedia en la que unos pocos se encargaban de acopiar y clasificar la información, se ha convertido en el tiempo de la *wikipedia* en la que cualquier persona puede contribuir a construir conocimiento, compartirlo y acceder a él, en un rápido proceso en el cual el texto electrónico ha descentralizado la cultura occidental de su linealidad letrada (Barbero, 2003). Vivimos bajo una lluvia invisible y constante de información e interacción (Anderson, 2007) que requiere el desarrollo de destrezas de información para la solución de problemas, el pensamiento crítico y la toma de decisiones.

No obstante, y ante un horizonte que puede no ser muy alentador en muchos aspectos en la medida en que se presenta como un panorama de incertidumbre y duda, también se presentan las condiciones propicias para la creación y producción de nuevas formas de pensar, así como para la construcción de problemas los cuales, de la mano de los conceptos, puedan ofrecer soluciones (Lichilín, 1999) que nos dirijan hacia la permanente transformación en aras de un mundo mejor. En este sentido, el profesor juega un papel protagónico teniendo en cuenta el gran rol que tiene la escuela en la formación de subjetividades y en la gestación de cambios colectivos hacia mayor justicia social, en tanto constituye “un espacio para pensar la experiencia de otro modo (...)”, como algo que tal vez se da ahora de otra manera, de una manera para la que quizá aún no tenemos palabras” (Larrosa, 2001, pp. 11), partiendo de la necesidad de mirar la educación más como una experiencia que como una práctica.

Así mismo, es en este mundo liderado por estos jóvenes de las metrópolis alrededor del planeta, en el que emerge un nuevo tipo de revolución social denominado *cibercultura* bajo los principios de la interconexión y la creación de comunidades virtuales hacia la comunicación universal y el desarrollo de una inteligencia colectiva en el marco de una universalidad sin totalidad (Lévy, 2007). Y es en relación con la desterritorialización, descentralización y desmonopolización del poder, de la capacidad de comunicarse o de la posibilidad de construir con el otro un lazo social, en lo que radica el ideal de las relaciones humanas determinado por un individuo permanente y universalmente interconectado con la inteligencia colectiva. “La cibercultura inventa otra manera de hacer llegar la presencia virtual al seno mismo de la humanidad, distinta de la imposición de una unidad de sentido” (Lévy, 2007, p. 224), abriendo la posibilidad de trascender la mera experiencia y pensarnos de otro modo, partiendo del hecho de que estas nuevas subjetividades descubren las dimensiones

culturales de la política entendiendo lo político como un ámbito de producción de sentido con miras a la construcción de “un nuevo modo de ser ciudadano, que posibilita a cada hombre y a cada hombre y a cada grupo reconocerse en los demás, condición indispensable en la comunicación” (Muñoz, s.f.). Y es esta posibilidad de construcción de sentido por medio de la tecnología la que coincide con la visión problematizadora como mecanismo de producción de sentido en la medida en que la tecnología ha de convertirse en el dispositivo ideal de esa construcción de conocimiento que nos ha de guiar hacia el desarrollo de una sociedad más justa a partir de la identificación de problemas cuyo desarrollo permitan una transformación y una experiencia de alteridad.

En este sentido, la cibercultura, la problematización y la inteligencia colectiva en ese marco de universalidad, nos da las herramientas para que esa idea de una humanidad bajo los ideales de fraternidad, justicia, libertad e igualdad para todos, dejen de ser una utopía. En un mundo en donde el terrorismo es consecuencia de la falta de diálogos culturales, los choques entre fanatismos e intolerancias terminan en guerras, la exclusión se convierte en políticas, la relación entre sociedad industrial y universo natural amenaza con un colapso ecológico, entre otros, también es un mundo que demanda nuestro diálogo, debate y acción práctica diaria frente a temas como la vigencia de culturas nativas, la desigualdad, la sustitución de las tradiciones por las modas, el fanatismo religioso, los jóvenes sin horizonte enfrentados al peligro y la violencia, los estados nacionales y las sociedades poscoloniales, o el conflicto entre el individualismo y el desarrollo de una sociedad coherente. No quiere decir lo anterior tan sólo que estamos en un mundo en crisis, también quiere decir que tenemos ante nosotros un amplio laboratorio de conflictos y soluciones (Ospina, 1997) en el que los jóvenes, la

cibercultura y las tecnologías en tanto modo de ordenar nuestro mundo (Winner, 1983), cumplen un papel preponderante.

Según Muñoz (s.f.), algunos de los rasgos más importantes de la mutación que atravesamos en este momento histórico son el hecho de que el actual desarrollo tecnológico “está trastornando tanto la imagen mental del mundo que habitamos como las coordenadas de la experiencia sensible, atravesando múltiples filtros de interacción entre nuevos y viejos modos de habitar el mundo”, así como el hecho de que “la presión tecnológica está suscitando la necesidad de encontrar y desarrollar otras racionalidades , otros ritmos de vida y de relaciones tanto con los objetos como con las personas”.

Y, en este contexto, y de nuevo, como ya en otras épocas y momentos críticos de la historia de la humanidad, la salida está en el diálogo¹. Y cuando hablamos de diálogo en este contexto histórico de comienzos del siglo XXI con su cibercultura y su sociedad de la

¹ Cito a continuación un texto de William Ospina titulado Filósofo y Poeta (2002) que, aunque en un marco diferente al que corresponde al presente documento, plantea una idea central completamente ligada a la que se desarrollará a continuación: “En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre todos quisiéramos acordarnos, se dio hace cuatro siglos uno de los experimentos más audaces y generosos de la humanidad. España era entonces un reino rencoroso en el que imperaba el más abrumador fanatismo, lo que hoy se llamaría “el pensamiento único”. Bajo el imperio intimidante de una iglesia criminal, y bajo la férula de una monarquía excluyente, nadie tenía derechos si no era lo que se llamaba entonces “cristiano viejo”; los abominables reyes católicos habían impuesto la práctica fascista de la “pureza de sangre”, y la sola sospecha de que alguien fuera distinto, es decir, sobre todo moro o judío, no sólo invalidaba sus opiniones sino que le negaba el derecho a formar parte de la comunidad. Y fue entonces cuando Cervantes, uno de los hombres más sutiles y civilizados de su tiempo, escribió aquel libro sobre un caballero que enloquece de tanto leer, que llega a creerse, ya en su vejez, un paladín fantástico, y sale a los campos a cabalgar en busca de aventuras. Don Quijote advirtió casi enseguida que algo le faltaba, y volvió a su aldea, como dice Fernando Vallejo, “no a buscar un escudero, sino un interlocutor”. La única aventura que iba a vivir aquel caballero lunático y conmovedor era la aventura de dialogar con alguien, y escogió a la persona más distinta que podía haber en el vecindario: un mozo iletrado y crédulo que fuera su compañero y su criado. A partir de ese momento la novela de Cervantes se propone como un diálogo en todos los sentidos imaginables, pero sobre todo, y aquí está cifrado el generoso pensamiento de Cervantes, un diálogo entre seres distintos y desiguales. Entre el amo y el criado, entre el joven y el viejo, entre el maestro y el discípulo, entre un lector de libros y un repetidor de refranes, entre la memoria oral y la memoria escrita, entre el espíritu práctico y el espíritu soñador, entre la locura y la cordura, entre la fantasía y la realidad. Sería impreciso decir que “El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha” es simplemente una novela: es el más formidable alegato de la historia a favor de la posibilidad de un diálogo aun en las condiciones de mayor desigualdad, de mayor asimetría en términos de información y de rango. Cervantes, a diferencia de Vattimo, parece decirnos que el diálogo sobre todo es posible entre distintos y entre desiguales; que si nos sentamos a esperar la igualdad absoluta entre los interlocutores, el diálogo no ocurrirá jamás; que nos va a tocar dialogar desde el barro improvisado de nuestra cotidianidad, y que es ese diálogo imperfecto, trunco, inarmónico, improbable y episódico el único manantial del que puede salir finalmente la fraternidad humana y el entendimiento recíproco, aun en las condiciones más adversas. Debe ser por eso que, para ser más desafiante, dados los hábitos de su época, Cervantes fingió no ser el autor de su novela, y atribuyéndole toda esa nobleza, toda esa generosidad, al más odiado paria que España tenía por entonces, declaró desde el comienzo que el libro había sido escrito por un moro”.

información y sociedad del conocimiento, hablamos de un diálogo que se concreta en espacios de socialización virtual preponderantemente diseñados, creados y usados por las nuevas generaciones de jóvenes alrededor del mundo. Y cuando hablamos de estas nuevas generaciones hablamos, de nuevo, de una juventud que “sufre una constante inestabilidad identitaria y una fragmentación de la subjetividad cada día mayor” que se ajusta permanentemente a una imagen de una red débil, sin centro y en continuo movimiento mediada por un diálogo que se hace posible gracias a la interconexión permanente por medio de una tecnología que crea otras formas de socialización, de identidad tanto individual como colectiva con sus consecuentes desarrollos y rupturas, de colectivos conectados que permiten la construcción de personalidades mediante la interacción social.

Esta conectividad e interconexión global le ha permitido al ser humano espacios de conectividad de inmensas capacidades comunicativas en función de la creación, el desarrollo y el sostenimiento de relaciones sociales. La red, por medio del desarrollo de la Web 2,0, se convierte cada día más en una poderosa herramienta que se construye permanentemente de la mano de las interacciones humanas de billones de usuarios en espacios de colaboración como los *blogs*, los *podcasts* o las *wikis*, de participación y conexión permanentes como *Facebook*, *Twitter* o *MySpace*, o de colectividad alrededor de foros, plataformas de *video sharing* y *photo sharing*, todos como dispositivos de una interacción en la red que materializa esa inteligencia colectiva en aras de la construcción de sentido y la universalidad sin totalidad. Estos servicios tecnológicos han revolucionado la misma red en la medida en que ha dejado de ser un mero espacio de información disponible para todos, y se ha convertido en un dispositivo social en construcción permanente por parte de los mismos usuarios mediante la aplicación de conceptos como colaboración, contribución y comunidad. Así, ya no se trata tan sólo de

información relevante sobre temas determinados sino que también el individuo, el usuario, el mismo ser humano está sujeto a esa colaboración, contribución y comunidad en relación con su propia identidad y su conocimiento del mundo. De esta manera, una nueva aproximación al concepto de reputación se hace notable en el contexto de una red en la que “hacerse notar”, “darse a conocer” y “exponerse” son opuestos al arcaico anonimato; ahora, el individuo tiene y modifica constantemente una voz propia que le permite relacionarse con un nuevo mundo en el que la información personal, los perfiles y las preferencias adquieren una relevancia antes limitada a monopolios informáticos (Anderson, 2007). No obstante, en este sentido las tecnologías también se convierten en un terreno de lucha en la medida en que este “darse a conocer” y “exponerse” también implica un “hacerse oír” partiendo del hecho de que “las tecnologías no son meras herramientas dóciles y transparentes y no se dejan usar de cualquier modo, son en últimas la instancia de realización de una cultura y del dominio en las relaciones culturales” (Muñoz, s.f.).

Por otro lado, y como parte de ese contexto mediato en el que se encuentra inmersa la juventud actual y el cual serán responsables de cambiar o perpetuar, citamos a William Ospina (1997):

Colombia es hoy el país con mayor índice de criminalidad en el planeta, y la inseguridad va convirtiendo sus calles en tierra de nadie. Tiene la mitad de su población en condiciones de extrema pobreza, y presenta al mismo tiempo en su clase dirigente unos niveles de opulencia difíciles de exagerar. Muestra uno de los cuadros de ineficiencia estatal más inquietantes del continente, al lado de buenos índices de crecimiento económico. Muestra fuertes niveles impositivos y altísimos

niveles de corrupción en la administración. Muestra unas condiciones asombrosas de impunidad y de parálisis de la justicia y al mismo tiempo una elevada inversión en seguridad, así como altísimos costos para la ciudadanía en el mantenimiento del aparato militar. Muestra las más deplorables condiciones de desamparo para casi todos los ciudadanos, y sin embargo es un país donde no se escuchan quejas, donde prácticamente no existe la protesta y la movilización ciudadana: una suerte de dilatado desastre en cine mudo. (p. 47-48)

Han pasado trece años tras los cuales, citando de nuevo a Ospina:

La historia de Colombia es la historia de una prolongada postergación de la única aventura digna de ser vivida, aquella por la cual los colombianos tomemos verdaderamente posesión de nuestro territorio, tomemos conciencia de nuestra naturaleza – una de las más hermosas y privilegiadas del mundo -, tomemos conciencia de la magnífica complejidad de nuestra composición étnica y cultural, creemos lazos firmes que unan a la población en un orgullo común y en un proyecto común, y nos comprometamos a ser un país, y no un nido de exclusiones y discordias donde unos cuantos privilegiados, profundamente avergonzados del país del que derivan su riqueza, predicán día y noche un discurso mezquino de desprecio o de indiferencia por el pueblo al que nunca supieron honrar ni engrandecer, que siempre les pareció “un país de cafres”, una especie subalterna de barbarie y de fealdad. (p. 54)

En este marco, se requiere una educación que les permita a las nuevas generaciones comprender el mundo, entender la subjetividad del sentimiento, dotar a este devenir diario de experiencias significativas que le den sentido a la existencia y al convivir con el otro, que les den herramientas para crear y cumplir un proyecto de vida al tiempo que adquieren los conocimientos y las destrezas necesarias para no ser parte de los perdedores de la globalización. Se requiere una educación que retome la experiencia más que la práctica, las sensibilidades más que la sensatez (Saenz, 1997), el arte como manifestación humana unida a su vez a la ciencia (Postman, 1994), la literatura como instrumento de vida, el sentir y no tan sólo el pensar. Se requiere un proyecto educativo cuya meta a nivel mundial sea reducir ese abismo entre la educación de élite y la pública, entre los ricos y los pobres, entre los incluidos y los excluidos, entre los saberes-lectivos y los saberes-mosaicos (Barbero, 2003), sin que su base sea la homogeneidad, para lo cual se requiere un maestro que viva y ama la vida, que convierta la escuela en un espacio vital de construcción de vida que ayude a la elaboración de su sentido; un maestro que, desde la educación misma, propenda por la conservación de un mundo en el que la elaboración de ese sentido de la vida sea una posibilidad colectiva de habitarlo. Se requiere una formación del ser humano en su totalidad desde la base de la vida misma, en todas sus dimensiones, teniendo en cuenta una base epistemológica que defina qué tipo de ser es aquel que debe definir el presente y el futuro de nuestra existencia.

“¿Cómo transformar la escuela moderna concebida hace trescientos años, en una institución que responda a las necesidades de un mundo globalizado, de una cultura massmediática, de unos niños que sobre muchas cosas saben más que nosotros, de un mercado de trabajo flexibilizado cuyas demandas formativas mutan constantemente?”. ¿Cómo respetar las diferencias culturales a través de una

institución cuya estructura es profundamente homogeneizante? ¿Cómo formar para el ejercicio ciudadano en la era de la política mediática, de la postpolítica? ¿Cómo confiar en el sentido de lo que enseñamos si las certezas científicas y la confianza ilustrada en el progreso indefinido del conocimiento están profundamente cuestionadas?” (Terigi y Diker; 1997, p. 51).

Todo lo anterior adquiere relevancia en tanto problematiza el objetivo de la pedagogía en relación con el tipo de sujeto epistemológico que la escuela tiene como meta, en la medida en que este nuevo fenómeno requiere, más que nunca antes, de la preparación de los estudiantes como luchadores de la resistencia en esa TecnoPolis de Neil Postman (1994), lo cual requiere de ese espíritu crítico frente a la razón instrumental, del discernimiento entre las ventajas y los riesgos de la transmisión, de un acercamiento a las cuestiones vitales del ser humano. Nos preparamos para que nuestra figura como tutores o maestros pierdan sentido a los ojos de tantos niños que entran y salen de espacios virtuales como quien respira o camina mas no permitir perder esa memoria pedagógica; para una revolución en la capacitación; para “incluir la capacidad de brindar un contexto en el cual el uso de las TIC en las escuelas mantenga una relación medios-fines en que la comunicación se orienta a adquirir y procesar conocimientos con sentido de totalidad y de manera ordenada” (Hopenhyan, 2003, Parra. 13); para emparentar esas tendencias de cambio que constituyen nuestro nuevo y confuso mundo de manera que podamos sacar el mejor provecho de esa interrelación; para observar, analizar y teorizar un modo de ayudar a construir un mundo diferente y mejor (Castells, 1996). Entonces, las Tecnologías de la Información y la Comunicación han de dotar a esos estudios de ese sentido de coherencia, de finalidad, significado e interrelación (Postman, 1994) tanto individual como colectivo, y han de “configurar espacios socio-educativos en los que circula y

se distribuye el saber, se establecen relaciones de poder y se constituyen subjetividades” (Blanco, 2006, p. 37). En este sentido, se pretende indagar sobre “el sentido socio-cultural y las nuevas formas y modelos de socialización que los usos de las TIC tienen” en tanto desarrollan una subjetividad que permite “la creación de redes solidarias y democráticas para la construcción de proyectos locales y autónomos” (p. 37) relacionando lo anterior con los movimientos de resistencia aunque tomando distancia de posiciones tecnófilas teniendo en cuenta que, si bien las tecnologías abren espacios nuevos para el ejercicio de la ciudadanía, también pueden suplantar “la experiencia directa de la vida” y resquebrajar “las disposiciones del individuo para reconocer al otro” que constituyen elementos esenciales para una cultura de paz y para la consolidación de sociedades democráticas (García y Uscátegui, 2011).

De esta manera, la pregunta de investigación es:

¿De qué manera las Tecnologías de Información y Comunicación pueden constituir dispositivos de lucha por la justicia social y qué implicaciones conllevan en las relaciones de poder y la configuración de subjetividades con base en la Teoría del Acontecimiento?

OBJETIVOS

OBJETIVO GENERAL

La finalidad de esta investigación es conocer con cierta precisión cómo las TIC están siendo usadas como dispositivos socioeducativos de lucha social por parte de una población universitaria de Colombia, y analizar las implicaciones de ese uso en las relaciones de poder y la configuración de subjetividades desde la teoría del acontecimiento, así como identificar en estas relaciones determinados efectos de manera que se pueda sugerir cierta intervención a partir de la escuela.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Analizar las TIC frente a las relaciones de poder.
- Analizar el concepto de resistencia como respuesta a la alteridad.
- Problematizar las TIC como un espacio de lucha por la justicia social.
- Analizar las TIC frente a la configuración de subjetividades.
- Analizar las TIC como dispositivo socioeducativo y mecanismo colectivo de activismo social.
- Plantear una posible intervención en la escuela a través de la cual se pueda lograr una profundización en el uso de las TIC por parte de los jóvenes como sujetos políticos.

MARCO TEÓRICO

En aras de problematizar las TIC frente a los movimientos de resistencia, se abordarán conceptos relacionados con la configuración de subjetividades, las relaciones de poder, la resistencia, el activismo y la lucha social, la biopolítica, entre otros, desde diversas perspectivas que nos permitan analizar las TIC como dispositivos socioeducativos de lucha por la justicia social.

Para esta investigación, el concepto de biopolítica adquiere relevancia en tanto el cuerpo se ubica entre la lógica del mercado y las luchas de resistencia teniendo en cuenta que el cuerpo funciona como el vehículo de la sociedad y de sus procesos de conquista y dominación hacia la construcción de un proyecto social. Así, en la sociedad actual, el cuerpo de los jóvenes se debate entre un imaginario liberado de la edad por medio de innumerables tratamientos y modas, una expresión del espíritu de una época que ha convertido el cuerpo juvenil en una deidad de consumo y un cuerpo castigado por su propia derrota a sufrir los embates de las enfermedades que surgen día a día. En este orden de ideas, la biopolítica será tomada desde el enfoque de Foucault a partir del cual es vista como una actividad humana en el marco de las prácticas del gobierno de las conductas, tanto en relación con los demás, como en relación consigo mismo, en oposición a la noo-política como parte de las tecnologías humanas de gobierno de los demás (Lazzarato, 2006). De esta manera, define Foucault la biopolítica como “el modo en que, desde el siglo XVIII, se han intentado racionalizar los problemas que

planteaban a la práctica gubernamental fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población: salud, higiene, natalidad, longevidad, razas, etc.” (Foucault, 1999, p. 209, citado en Martínez, 2008, p. 8).

Lo anterior se traduce en una visión de la vida como un objeto de poder en la sociedad actual por medio de la infiltración en la existencia humana y la administración de la vida, es decir, que la vida entendida como proceso biológico es gobernada y administrada políticamente. Es así como Foucault “asume la biopolítica en relación con la producción capitalista de subjetividad, como la forma de racionalizar los problemas que fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población planteaban a las prácticas gubernamentales” (Martínez, 2008, p. 8).

De esta manera, es el Estado el encargado de controlar la biopolítica en la medida en que dirige las conductas de los seres humanos a través de una tecnología gubernamental y una administración estatal. En el caso de los jóvenes objeto de esta investigación, las áreas de la biopolítica son, principalmente, las dimensiones raciales, la pobreza, el consumo, la moral pública y la dimensión del género (Martínez, 2008, p. 9), en tanto elemento de control y clasificación social.

Este análisis de la biopolítica parte de la relación del poder sobre la vida y, en este sentido, el concepto de poder será aquel desarrollado por Foucault en tanto “modo de acción que no actúa directa e inmediatamente sobre los demás, sino que actúa sobre su propia acción”, es decir, que la acción de poder es “acción a distancia de un individuo sobre otro” (Foucault, citado en Lazzarato, 2006). El poder no se posee, ni se aprehende, ni se conquista; por el contrario, el poder es una red de estrategias complejas que invade todas las relaciones

sociales por medio de la normalización produciendo de manera positiva sujetos, discursos, saberes y verdades en múltiples redes de poder en transformación constante. Esta perspectiva del poder corresponde a una visión positiva, productiva y creativa en la actual sociedad de control y su nuevo paradigma de poder que se define por las tecnologías las cuales, a su vez, establecen a la sociedad como el campo del biopoder (Giraldo, 2006) visto como “el poder que se ejerce sobre la vida” y que apunta no sólo al cuerpo y al individuo, como en el caso de las técnicas disciplinarias, sino al hombre en tanto especie, en la medida en que la biopolítica “instala los cuerpos en el interior de los procesos biológicos de conjunto”. Así, “el biopoder tiene como objetivo la gestión de la vida, pero en el sentido en que busca reproducir las condiciones de existencia de una población” (Lazzarato, 2001, pp. 90, 91).

En este sentido, a diferencia de la sociedad disciplinaria en la cual el poder se ejerce a través de instituciones disciplinarias caracterizadas por el encierro, el poder en las sociedades de control se ejerce por mecanismos de gobierno más democráticos a través de máquinas que organizan las mentes y los cuerpos “hacia un estado de alineación autónoma del sentido de la vida y el deseo de la creatividad” (Hardt y Negri, 2001:166, citado en Giraldo, 2006, p. 111). Estas máquinas se extienden por fuera de las instituciones sociales disciplinarias a través de redes flexibles que intensifican y generalizan las estrategias normalizadoras, reguladoras y controladoras.

No obstante, “a todo poder se le oponen otros poderes en el sentido contrario, lo que significa, en términos analíticos, que el estudioso de las culturas juveniles debe atender también los movimientos de respuesta a los discursos y dispositivos del control y la exclusión (Reguillo, 1999, p. 231, citado en Martínez, 2008, p. 12). De esta manera, surge una noción de resistencia, la cual será tomada en el presente documento, a partir de aquella correspondiente a

lo que se denomina el período genealógico de Foucault, es decir, aquel transcurrido entre sus obras *Vigilar y Castigar* hasta el primer volumen de *Historia de la Sexualidad*. Así, la resistencia, al no ser ni reactiva ni negativa, constituye un proceso de transformación y creación permanente en la medida en que sustenta el rol de contendiente, contrincante y rival, que existe como despliegue de fuerza, lucha y guerra por lo que la resistencia es inmanente al poder, tan móvil, inventiva y productiva como el poder mismo (Giraldo, 2006). En este orden de ideas, partiremos de la premisa de Foucault en tanto “los movimientos políticos no sólo deben resistir y defenderse, sino afirmarse en tanto fuerzas creativas y, en este sentido, la resistencia implica la apertura hacia un proceso de creación, de transformación de la situación y de participación activa en este proceso”.

En este contexto social, y por tanto, educativo contemporáneo, no hablamos específicamente de técnicas disciplinarias que incidan en la corporeidad del individuo, mas sí nos aproximamos a un enfoque de dispositivos o técnicas de seguridad que inciden en el medio ambiente entendido como un espacio de acontecimientos posibles que constituyen el origen de la acción y la subjetivación del sujeto. En este sentido, las técnicas usadas por la sociedad de la seguridad o sociedad de control, ya no recaen o actúan directamente sobre el individuo, sino sobre la acción del individuo.

Las resistencias a esas relaciones de poder y la biopolítica, en el caso de los jóvenes, se dan en medio de un “juego estratégico entre libertades” en la medida en que los jóvenes se encuentran inmersos en un conjunto de relaciones que establecen consigo mismos y con su grupo social que terminan por convertirse en formas de resistencia a manera de estéticas sobre su propio cuerpo, las cuales deben analizarse no sólo como representaciones de reacción, sino como posibilidades de creación desde la política del acontecimiento. “Los jóvenes hacen

hablar sus cuerpos y constituyen de él un territorio de participación política, pues en él permiten la aparición de nuevos modos de ser libres en la creación de nuevas subjetividades” (Martínez, 2008, p. 12).

De esta manera, y teniendo en cuenta que no todas las resistencias son iguales, Foucault distingue tres tipos: una resistencia contra la forma de dominación, otra contra las formas de explotación y la última contra lo que liga al individuo a sí mismo y lo somete a otros (Foucault, 2001, p. 245, citado en Martínez, 2008, p. 18). En estas formas de resistencia se clasifican las manifestaciones de los jóvenes que se niegan a permitir que la sociedad normalice sus cuerpos.

Por otro lado, se partirá de pensar la experiencia en tanto portadora de “la subjetividad, la incertidumbre, la provisionalidad, el cuerpo, la fugacidad, la finitud, la vida...”, para lo cual se hace necesario analizarla desde la pasión, “desde una reflexión del sujeto sobre sí mismo desde el punto de vista de la pasión”, desde “ese principio de receptividad, de apertura, de disponibilidad, ese principio de pasión, que es el que hace que, en la experiencia, lo que se descubre es la propia fragilidad, la propia vulnerabilidad, la propia ignorancia, la propia impotencia, lo que una y otra vez escapa a nuestro saber, a nuestro poder y a nuestra voluntad” (Larrosa, 2001, pp. 4). No obstante, en este marco de ideas, la experiencia es algo inconceptualizable por fuera de una lógica del acontecimiento teniendo en cuenta que “la experiencia es el modo de habitar el mundo de un ser que existe, de un ser que no tiene otro ser, otra esencia, que su propia existencia: corporal, finita, encarnada, en el tiempo y en el espacio, con otros”. Y la existencia, como la vida, no se puede conceptualizar porque siempre escapa a cualquier determinación, porque es en ella misma un exceso, un desbordamiento, porque es en ella misma, posibilidad, creación, invención, acontecimiento” (Larrosa, 2001, pp.

5). Y, en este sentido, la experiencia está ligada a la lógica del acontecimiento en tanto depende directamente de lo que acontece, de algo que pasa y de tres premisas: la *exterioridad*, la *alteridad* y la *alienación*.

Así, la exterioridad está relacionada con el hecho de que no hay experiencia sin algo que es exterior a quien la experimenta, sin un acontecimiento que la ocasione, sin algo que está fuera del lugar previsto. La alteridad tiene que ver con el hecho de que ese acontecimiento innombrable, exterior, desconocido, acontece y nos afecta. Por último, la palabra alienación se relaciona con lo ajeno, con lo que no le pertenece al sujeto que experimenta, aquello que es inapropiable. No obstante, todo lo anterior implica una escuela en la que esta exterioridad, alteridad y alienación sea posible, lo cual, al no ser del todo una realidad actual, pasa a ser espacio para las TIC.

Por otro lado, y, en tanto el sujeto es el objeto de esa experiencia, surgen tres premisas en relación con ese sujeto: la *subjetividad*, la *reflexividad* y la *transformación*. La experiencia es siempre subjetiva en tanto le acontece siempre a un sujeto que permite alterarse, que permite que algo le pase, en tanto es un sujeto abierto, sensible, vulnerable y expuesto, al cual, a su vez, le sucede su propia experiencia “de un modo singular, particular, irreplicable y único”. La reflexividad tiene que ver con ese movimiento de ida y vuelta entre el sujeto mismo en su interioridad y aquello que le acontece en su exterioridad, de manera que el sujeto sale de sí mismo para encontrar el acontecimiento que ha de rebotar en el sujeto para dejar una huella. Por su parte, el sujeto de la experiencia en cuestión está abierto a su propia transformación, está abierto “a la transformación de sus ideas, de sus palabras, de sus sentimientos, de sus representaciones, etc.”, en la medida en que el sujeto hace de la experiencia su propia transformación o formación. Así, la experiencia está relacionada con la formación en la

medida en que aquello que nos forma y nos transforma, que configura nuestra persona y nuestra personalidad, no es la educación sino la experiencia y por eso el sujeto de la formación es el sujeto de la experiencia y el sujeto de la experiencia es el sujeto de la formación. Así mismo, la experiencia es singular e irrepetible: Singular en el sentido en que su resultado depende de cada sujeto, “la experiencia es para cada cual la suya”; irrepetible porque a pesar de que el acontecimiento parezca ser el mismo, la experiencia resultante es siempre sorprendente.

En este orden de ideas, la experiencia se relaciona con la pedagogía en tanto pedagogía del acontecimiento la cual está ligada, a su vez, con la teoría del acontecimiento. Así, en la pedagogía del acontecimiento se parte de un comienzo, de una experiencia que no es transmitible en sí misma, según Bárcena “no es posible transmitir a otro el acontecimiento de la propia experiencia, sino solamente su huella, apenas un murmullo. No obstante, podemos activar plenamente en el otro un grado máximo de atención existencial referido a su propio desarrollo y formación; y eso es hacer pedagogía”.

POLÍTICA DEL ACONTECIMIENTO

En aras de plantear la base fundamental de la teoría del acontecimiento que constituye el marco teórico de esta investigación, se presenta a continuación un barrido histórico en relación con los orígenes de esta teoría y sus implicaciones desde el punto de vista social y político.

Así, la presente investigación parte de un planteamiento que difiere de aquel planteado por Marx en el cual la idea unificadora y totalizadora del capital y sus correspondientes clases encuentran su posibilidad de acción con ese todo que constituye el capital mismo, por medio de la existencia de un sujeto universal. Por el contrario, partimos de un planteamiento de pluralismo y multiplicidad basado en el hecho de que las diferentes partes de la sociedad pueden mantener relaciones exteriores a partir de mil modos de relacionar las “formas cada” sin que haya ningún tipo de relación unificadora que las encierre a todas dada “la imposibilidad de totalizar las singularidades en una unidad absoluta y completa, porque siempre hay algo que quede ‘fuera’” (Lazzarato, 2006), lo cual, a su vez, abre paso a discontinuidades y disyunciones que crean movimiento, creación e innovación.

Ese movimiento, creación e innovación adquiere relevancia si nos ubicamos en la filosofía del siglo XIX bajo la cual las relaciones remiten al acontecimiento en oposición a la filosofía del siglo XVII que no permite pensar las relaciones de manera independiente de un fundamento último que constituye la esencia. Por el contrario, la filosofía del acontecimiento establece el accidente, aquello que sucede, como la esencia, estableciendo “la producción de lo nuevo” de Tarde y Bergson o “la posibilidad de la novedad” de James y Whitehead, como lo fundamental.

Tras los posibles que un acontecimiento hace emerger, comienza una “reconversión subjetiva a nivel colectivo” en tanto la creación de un posible y su efectucción requieren “una doble creación, una doble individuación, un doble devenir que se enfrentan, a su vez, a los valores dominantes y a los poderes establecidos. Es decir, estas nuevas posibilidades de vida se enfrentan tanto a lo que existe como a su propia efectucción. En este sentido, “un

acontecimiento no es la solución de un problema, sino la apertura de posibles”, de soluciones que deben ser creadas, de posibles que deben construirse, de ejecuciones por efectuarse.

En la filosofía del acontecimiento el proceso de constitución del mundo y de la subjetividad parten del acontecimiento en oposición a la teoría de Marx en la cual parte del trabajo, de aquella de Durkheim que parte del sujeto o de la de Husserl que parte de la relación de los sujetos. Este pensar y practicar lo posible, tiene dos regímenes de la posibilidad: el par posible/realización según el cual se parte de formas alternativas binarias tales como hombre/mujer, trabajo/ocio, etcétera, de modo que todo está contenido en oposiciones dicotómicas y, en este orden de ideas, pasar de lo posible a lo real tan sólo implica un pequeño salto en la existencia de algo que ya está ahí ya que no se crea nada nuevo; mientras, por el contrario, en el par de los posibles/consumación, lo posible no se limita a alternativas preconcebidas sino que debe ser creado abriendo paso a nuevas posibilidades de vida, es decir, que lo posible es producción de lo nuevo (Lazzarato,2006).

Hasta ahora la lucha obrera, los movimientos revolucionarios, la tradición marxista y los movimientos políticos han seguido este patrón posible/realización subordinando la posibilidad de creación de una bifurcación a esas alternativas dicotómicas preestablecidas en función de un nuevo campo de posibles. No obstante, “la acción política es una creación doble que a la vez recibe la nueva distribución de los posibles y trabaja para su consumación en las instituciones, en los agenciamientos colectivos “que corresponden a la nueva subjetividad” que se ha expresado en el acontecimiento. La consumación de los posibles es a su vez un proceso imprevisible, impredecible, abierto y arriesgado” (Lazzarato, pp. 50) en aras de “afectaciones de mundos” en un proceso de doble individuación, creación e invención.

TEORÍA DEL ACONTENCIMIENTO, RESISTENCIA Y TIC

El análisis de las Tecnologías de la Información y la Comunicación como dispositivos socioeducativos de lucha por la justicia social comprende una gran variedad de investigaciones y propuestas que varían desde las ciencias políticas hasta la psicología social poniendo en evidencia las múltiples posibles aproximaciones y la creciente relevancia del tema en la sociedad contemporánea.

Este trabajo de investigación gira alrededor de nociones tales como la resistencia, la lucha por la justicia social, la experiencia, las relaciones de poder y la acción comunicativa en el marco de las TIC y la escuela, en tanto preguntarse por la educación es preguntarse es preguntarse la vida misma, lo cual es un ejercicio es fundamental en aras de crear una sociedad más justa, transformar nuestras relaciones y cambiarnos a nosotros mismos. Porque,

“la educación tiene que ver siempre con una vida que está más allá de nuestra propia vida, con un tiempo que está más allá de nuestro propio tiempo, con un mundo que está más allá de nuestro propio mundo... y como no nos gusta esta vida, ni este tiempo, ni este mundo, querríamos que los nuevos, los que vienen a la vida, al tiempo y al mundo, los que reciben de nosotros la vida, el tiempo y el mundo, los que vivirán una vida que no será la nuestra y en un tiempo que no será el nuestro y en un

mundo que no será el nuestro, pero una vida, un tiempo y un mundo que, de alguna manera, nosotros les damos... queríamos que los nuevos pudiesen vivir una vida digna, un tiempo digno, un mundo en el que no dé vergüenza vivir.” (Larrosa, 2001, pp.2)

Acontecimientos como las jornadas de Seattle en 1999 y las de Génova en 2001, las recientes protestas tipo *Occupy Wall Street*, los grupos de “indignados”, las protestas estudiantiles, los movimientos antiglobalización, altermundialistas o por la justicia global, crean un nuevo campo de lo posible y anuncian un orden social diferente, “un cambio en el orden del sentido”, en el cual se divisan nuevas posibilidades de vida y la decisión civil de llevarlas a cabo y hacerlas cumplir teniendo en cuenta la premisa de Leibniz en tanto “otro mundo es posible”. Esta reciente aproximación a los posibles y a los deseos abre paso a un nuevo proceso de experimentación y de creación de la subjetividad y de agenciamientos que requiere de dispositivos e instituciones que estén en la capacidad de desplegar “estas nuevas posibilidades de vida, recibiendo los valores que una nueva generación (que creció después de la caída del Muro, en el curso de una fase de expansión norteamericana y del nacimiento de la nueva economía) ha sabido crear: nuevas relaciones con la economía y con la política-mundo, una manera diferente de vivir el tiempo, el cuerpo, el trabajo, la comunicación, nuevas maneras de estar juntos y de estar contra, etcétera” (Lazzarato, 2006). Y, en este sentido, citando a Deleuze y Guattari, “es necesario que la sociedad sea capaz de formar agenciamientos colectivos correspondientes a la nueva subjetividad, de manera que ella quiera la mutación” (citado en Lazzarato, 2006, pp. 44).

Estos agenciamientos tienen lugar en la medida en que esas manifestaciones constituyen un agenciamiento corporal y un agenciamiento de expresión contruidos en unión con relaciones de poder y de deseo, manifestando un desvío en las condiciones históricas del acontecimiento para posibilitar la creación de una nueva mezcla de cuerpos --una nueva relación del ser conjunto--, y una nueva mezcla de expresiones como un efecto de lo corporal que manifiesta una nueva existencia cuya efectividad se determina por el acontecer de los cuerpos que se hacen actuales gracias a esta nueva existencia. Este acontecimiento se expresa en las almas en la medida en que lo que produce es una transformación incorpórea en tanto constituye un cambio en la sensibilidad que ha cambiado la “distribución de los deseos” (Lazzarato, pp. 51).

No obstante, estas manifestaciones declaradas de “protesta” constituyen una expresión de un mundo posible que es preciso consumir, ejecutar y efectuar, por medio de la difusión y la estructuración de nuevos agenciamientos corporales en la sociedad que constituyen otra invención y, por tanto, un nuevo “proceso imprevisible, impredecible, abierto y arriesgado” (Lazzarato, , pp. 50). De esta manera, el acontecimiento, que constituye la fuente de estos dos tipos de agenciamiento, “distribuye las subjetividades y las objetividades y trastorna las configuraciones de los cuerpos y los agenciamientos de los signos”. El acontecimiento crea la posibilidad de un nuevo objeto y la posibilidad de un nuevo sujeto (Lazzarato, 2006, pp. 52) en la medida en que se hace necesario redefinir, replantearse, recuestionar las organizaciones, los discursos y el acontecimiento mismo. Y, en ese sentido, las teorías del acontecimiento plantean dos formalizaciones no paralelas: la formalización de expresión o de enunciado, --en tanto agenciamiento de expresión de lo posible frente al conjunto de los diferentes regímenes de signos más allá del sujeto y el lenguaje--, y una formalización de contenido o de objetos, en

tanto agenciamiento maquínico o corporal de efectuación, --en tanto estado preciso de mezcla de los cuerpos en una sociedad frente a todo aquello que afecta los cuerpos en sus relaciones con los otros más allá de todo objeto.

El acontecimiento se expresa por medio de los agenciamientos colectivos de enunciación y los agenciamientos corporales de efectuación creando un mundo posible que no existe por fuera de lo que lo expresa en los agenciamientos colectivos de enunciación teniendo en cuenta que el lenguaje es la realidad de lo posible en tanto que tal, transformando la incorporeidad y, por ende, la fuente de creatividad. “La filosofía del acontecimiento agencia siempre lo que se hace y lo que se dice sobre la base del acontecimiento, de lo virtual, que no es un hacer ni un decir” (Lazzarato, 2006, pp. 55).

Así mismo, en este orden de ideas, el universo de la filosofía del acontecimiento, siguiendo a Tarde, es el resultado del vitalismo de la naturaleza bajo la cual “toda cosa es una sociedad” en el sentido en que el mundo no está hecho de objetos sino de un tejido de relaciones combinadas gracias a la cual cada partícula es política y tiene su propia potencia de invención y de resistencia y cuya actividad es una creación y efectuación de los mundos de acuerdo con la lógica de los acontecimientos. De esta manera, y a razón de esta investigación, se tomará el concepto de “mónada” de Tarde y Leibniz para nombrar y definir estas partículas que son a la vez singularidad y multiplicidad en la medida en que comprende todas las relaciones que constituyen el mundo en el cual está incluida, aunque expresa sólo una parte de ese conjunto de relaciones, es decir, que lo social está incluido en el individuo y se expresa por medio de un punto de vista particular. Así mismo, las nómadas no son solamente partículas individuales sino que, de igual manera, son partículas diferentes, en la medida en que “existir es diferir” y cuya actividad se remite a una creación como una cadena de acciones

imprevisibles la cual, a su vez, modifica la manera de sentir juntos actuando sobre los afectos.

En este sentido, citando a Lazzarato, (2006, pp. 60):

Si se enfoca la acción como creación y efectuación de mundos, la distinción jerárquica entre hacer y decir, entre producción material e ideología, entre sujeto y objeto, entre la cosa y el signo, no es operatoria. Un mundo es una multiplicidad de relaciones que no dependen de una esencia sino de un acontecimiento. Las relaciones presuponen el acontecimiento que, como hemos visto, actúa transformando el sentir, es decir, los deseos, las creencias, los afectos de las mónadas. La creación y la efectuación de mundos no son entonces reducibles a la concepción y a la producción de cosas materiales, ya que conciernen primeramente al sentir, y sin embargo tampoco son ya asimilables a la elaboración y la difusión de una “ideología”, ya que las modificaciones de las maneras de sentir no nos ocultan el mundo “real”, sino que lo constituyen.

De acuerdo a la neomonadología de Tarde, las mónadas son un mundo virtual, un mundo posible que se comunica y actúa, unas sobre otras, creando su propia temporalidad y su propio espacio y convirtiéndose en un gran esfera de acción compenetradas que crean, a su vez, flujos y corrientes de creencias y deseos (Tarde, 1999, *Monadologie et Sociologie*, p. 56, citado en Lazzarato, 2006, pp. 61). Todo lo anterior adquiere sentido en la medida en que desemboca en la filosofía del tener de Tarde, en tanto la posesión define la acción de una fuerza sobre otra, de manera que las mónadas se poseen, se capturan, lo que define, a su vez, a la sociedad. La sociedad es una posesión, es un conjunto de elementos que se rechazan y se atraen “por medio de la persuasión, del amor, del odio, de la comunidad de creencias y de deseos y de la

producción de riquezas”, en un permanente ejercicio de apropiación o sometimiento (Lazzarato, 2006, pp. 62).

En este sentido, y de acuerdo con Tarde citado por Lazzarato, se establece otra idea de la política, de la economía, de la vida, en la medida en que partimos de la base de un mundo conformado por una multiplicidad de mundos posibles coordinados gracias a la potencia de agenciamiento que cada mónada contiene, de una sociedad cuyo funcionamiento se asemeja a aquel del cerebro en el sentido en que se establece como un “mecanismo psicológico superior” conformado por la múltiple singularidad de los cerebros que lo conforman. Estas singularidades actúan unas sobre otras propagando diversos tipos de hábitos a través de redes formadas por las nómadas y, es así, como se produce el todo social cuya realidad no es independiente de las singularidades contenidas en él.

De acuerdo a lo planteado anteriormente, la constitución de los valores del todo social se da gracias a la invención y la imitación que son acontecimientos los cuales, al crear nuevos posibles y convertir en actuales fuerzas virtuales, crean la condición previa al valor en sí. La invención es una cocreación que se engendra por la colaboración de conciencias en movimiento en lo que Tarde ha denominado una autoconciencia, de manera que “la invención es (...) siempre un encuentro, una hibridación y una colaboración entre una multiplicidad de flujos imitativos (ideas, hábitos, comportamientos, percepciones, sensaciones), incluso cuando tiene lugar en un cerebro individual” (Lazzarato, 2006, pp. 68).

A su vez, esta invención se efectúa por medio de la imitación que hace de ella una cantidad social expresando la dimensión corporal del acontecimiento en tanto se recae en una red de cooperación que da comienzo a una propagación de otros acontecimientos imprevisibles, “la

formación del valor depende entonces, a la vez, de la invención y la difusión, de la expresión de una virtualidad y su efectuación social” (Lazzarato, 2006, pp. 69). Así, la invención es pues un proceso de creación que nace de la ruptura de las normas y los hábitos lo cual requiere, a su vez, de una liberación de la sociedad por parte del individuo en un proceso de subjetivación que abre paso a una nueva producción de subjetividad por medio de una acción pública.

En este orden de ideas, la efectuación social de esta invención se lleva a cabo por el entrelazamiento y la cooperación de las mónadas en torno a un objetivo común pero sin perder su singularidad bajo la figura de una *net* de flujos y de redes tanto actuales como virtuales, en relación con la potencia de agenciamiento y de conexión. Estas redes se constituyen en todos distributivos en la medida en que son formas de coordinación de singularidades sin la totalización de sus elementos, y de esta manera, la constitución de un posible en un valor se lleva a cabo por esa integración de las singularidades. En resumen, y en palabras de Tarde:

“los ejes de efectuación social de la invención son las corrientes (flujos) y las redes (agregados). Los flujos resultan de las esferas de acción de las mónadas (deseos y creencias) y circulan entre los cerebros. Los agregados son multiplicidades de mónadas que se entre-poseen. Un agregado es una manera de hacer que se mantengan juntas las singularidades, que se sostienen por apropiación unilateral o recíproca. Cada individuo (humano, vital, físico) es de este modo un agregado y un agregado cualquiera es un compuesto de seres adaptados que están juntos, sean los unos a los otros, sean juntos en una función común. Agregado significa adaptado” (Tarde, 1999, *Le Lois Sociales*, p. 109, citado en Lazzarato, 2006, pp. 72).

Es así como Tarde le devuelve la libertad y la autonomía a los individuos aunque mediadas por relaciones de mando y obediencia, de capturas entre las mónadas. Por su parte, todos estos procesos al interior de las redes también conllevan a un proceso de reflexión sobre sí, a una acción de subjetividad.

Todo lo anterior nos lleva a una nueva interpretación del nacimiento del capitalismo a partir de unos individuos y clases que no son otra cosa que “la captura, la integración y la diferenciación de la multiplicidad” y es a partir de esa potencia de la multiplicidad desde la cual se puede comprender el pasaje de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control en las cuales los signos, los espacios de expresión o los mecanismos colectivos de enunciación tales como los saberes, los lenguajes o la opinión pública, actúan como estructuras de agenciamiento. En este contexto, el poder es una relación entre fuerzas cuyas relaciones son virtuales e inestables y definen tan sólo las probabilidades y posibilidades de interacción determinando las singularidades mientras las instituciones son aquellas que estabilizan y estratifican estas relaciones diferenciales en un movimiento de captura y diferenciación. Esta captura, a su vez, consiste en un proceso de integración que hace converger las singularidades en función de un objetivo común lo que actualiza las relaciones de poder tras integraciones locales y, posteriormente, globales que mantienen unidos esos flujos y redes.

En las sociedades disciplinarias, las instituciones sometían las diferencias hasta reducirlas a meros dualismos que quedaban sujetos a procesos de subjetividad llevados a cabo por la disciplina y el biopoder por medio del aislamiento de lo virtual, del afuera, de manera que se garantizara la reproducción limitando el potencial de invención e ignorando el devenir y el

poder del acontecimiento, “encerrar el afuera, encerrar lo virtual, significa neutralizar la potencia de invención y codificar la repetición para quitarle toda potencia de variación, para reducirla a una repetición” (Lazzarato, 2006, pp. 87). No obstante, lo que ha sido demostrado desde finales del siglo XX, es que la “jaula de hierro” de Weber ha sido quebrada y los intentos de encerrar el afuera, de prolongar un único mundo disciplinado, de cubrir la diferencia con la repetición, han fracasado. Las mónadas han escapado creando y actualizando nuevos mundos posibles lo que implica nuevas formas de organización del poder que implican modular las subjetividades en un espacio abierto de manera que no se disciplinen mas sí se controlen, regulen y capturen.

En este nuevo contexto de las sociedades de control, el grupo social ya no es la clase o la masa, sino el público, el público de los medios, el público como “una masa dispersa donde la influencia de los espíritus de unos sobre otros se convierte en una acción a distancia” lo cual se materializa gracias a las tecnologías que permiten transmisión, contagio y distancia a gran velocidad. De acuerdo a Tarde, las sociedades de control se caracterizan por la emergencia de la cooperación entre cerebros y su funcionamiento por flujos y por redes, el desarrollo de los dispositivos tecnológicos de acción a distancia de las mónadas, y los procesos de subjetivación y de sometimiento correspondientes (Lazzarato, 2006, pp. 92). De esta manera, la máquina de expresión se convierte cada vez más en un dispositivo de control del proceso de conformación del mundo social que actualiza el acontecimiento y su efectuación.

No obstante, lo anterior también se resume en el hecho de es más eficaz manipular mentes en la sociedad de control que torturar cuerpos en la sociedad disciplinaria, y en esos procesos de manipulación el control de la comunicación y la información es una forma fundamental del

ejercicio del poder como parte de una política mediática en la medida en que de su capacidad de llegar a los ciudadanos, depende su existencia. Así, las Tecnologías de la Información y la Comunicación constituyen el dispositivo de las sociedades de control por medio de las cuales las nuevas relaciones de poder se manifiestan a distancia por la acción de un espíritu sobre otro gracias al desarrollo de nuevas instituciones de control tales como la opinión pública, la percepción colectiva y la inteligencia colectiva.

No obstante, y en la búsqueda de vías que permitan la democratización de la comunicación como un cambio social que conlleve a un cambio político, las TIC se han convertido en dispositivos socioeducativos de lucha por la justicia social en la medida en que parten de la base de una política de la multiplicidad y de la singularidad en medio de una política moderna que requiere un sujeto universal para “abarcar el conocimiento de lo real en su globalidad y para poder actuar en el nivel de la totalidad” (Lazzarato, 2006). En este sentido, las TIC constituyen el resultado y la evidencia concreta de la concatenación de redes de relaciones interconectadas en oposición a la arcaica concepción del conocimiento único, totalitario, masivo y universal, y el conocimiento se convierte en uno de los aspectos más dinámicos de una realidad que no está predeterminada o preconcebida sino que se construye gracias a la continua contribución de singularidades, de pequeños mundos, de pequeñas unidades esparcidas a lo largo y ancho de una cibercultura que le permite al individuo actuar y conocer realmente.

No obstante, y para comprender lo anterior más cabalmente, se hace necesario no perder de vista “la manipulación ideológica que caracteriza la mayor parte de los discursos sobre la revolución de la tecnología de la información” en la medida en que “están orientadas según

procesos, además de inducir nuevos productos” por lo que este rol preeminente de la tecnología de la información no debe confundirse con “la caracterización de la revolución en curso como esencialmente dependiente de nuevos conocimientos e información. (...). Lo que caracteriza la revolución tecnológica actual no es la centralidad del conocimiento y la información, sino la aplicación de ese conocimiento y los dispositivos de procesamiento/comunicación de la información, en un circuito de retroalimentación acumulativa que se da entre la innovación y los usos de la innovación” en tanto la tecnología no se limita a simples herramientas sino que “son procesos para ser desarrollados” al ser apropiada y redefinida por la mente humana como fuerza productiva directa y no tan sólo “elemento decisivo del sistema de producción” (Castells, 1996).

En esta construcción de la realidad, la lucha social no maneja ya el discurso del capital, la clase obrera o el sindicato, sino que se transforma en un discurso de nuevas posibilidades de vida que están en las manos de cada individuo como una tarea a cumplir y en la cual cada uno tiene un papel protagónico. Sin embargo, y en especial teniendo en cuenta la población que hace parte de esta investigación, se hace esencial tener en cuenta la importancia que tienen las dinámicas de los discursos y el poder en relación con la realidad social y cultural en una sociedad de consumo como lo es la sociedad contemporánea, y las implicaciones que ese consumismo ha tenido en la configuración de los jóvenes actuales como parte de lo que se ha denominado “capitalismo cognitivo”, en el sentido en que las facultades cognitivas y del intelecto en general son un elemento fundamental para hacer de los ciudadanos seres más productivos, más consumidores en medio de una dinámica de nuevas formas de producción inmaterial y de reproducción de una sociedad de clases con nuevas características de control.

POBLACIÓN

La investigación se centrará en el análisis de una población juvenil mediada por las Tecnologías de la Información y la Comunicación y por la escuela. No obstante y teniendo en cuenta que los parámetros biológicos no son suficientes para definir una población que pueda ser denominada, y por ello delimitada, como perteneciente a *los jóvenes*, se hace necesario analizar en esta población objeto de estudio, ciertos aspectos claves del mundo en el que están inmersos y de su propia constitución como sujetos que puedan hacer más fácil su identificación. Cabe aclarar que cualquier definición de lo juvenil sólo constituye un intento parcial de anclar un concepto en realidades concretas sin llegar a estereotipos anticipados. No obstante, esta dificultad para conceptualizar no ha, de ninguna manera, de llevar a una simplificación de la aproximación temática en cuestión sino, por el contrario, ha de analizarse desde sus dimensiones complejas.

La atmósfera histórica en la que los jóvenes están situados comprende una serie de cambios acelerados que se han dado paso, en especial desde la década de los 80's, en relación con los procesos de democratización, los espacios de participación, la globalización con su desigualdad y libertad, las industrias culturales y la borrosidad de nociones hasta entonces sagradas en lo concerniente al tiempo y al espacio, como resultado de la tecnología. En este contexto, las formas de organización y los espacios de participación de los jóvenes han

cambiado teniendo en cuenta que ya no constituyen una categoría cerrada y fácilmente definible, sino que, por el contrario, “son heterogéneos, complejos y portadores de proyectos diferenciales” (Martínez, 2008, p. 13), lo cual quiere decir que sus procesos de producción de subjetividad son procesos móviles y cambiantes lo que permite, a su vez, más posibilidades en la configuración del sujeto lo cual podría implicar el desarrollo de nuevos focos de acción política y “nuevas formas de ciudadanía que lleven a confrontar públicamente las diversas interpretaciones de los principios de justicia, igualdad, libertad y derechos humanos” (Muñoz, s.f) con base en subjetividades que se constituyen en temporalidades menos largas y más flexibles partiendo del hecho de que son nuevos modos de percibir y narrar la identidad.

Por lo tanto, se parte del hecho de que los jóvenes construyen una identidad que no conlleva a su constitución en un sujeto permanente e invariable en el tiempo sino que, por el contrario, se manifiesta como una adaptación reactiva a su entorno como resultado de una más compleja relación con las circunstancias que lo rodean. Así mismo, estas circunstancias contienen dos estructuras simbólicas diferenciadas e impositivas: las relaciones de poder basadas en la edad que atañen a la cultura dominante, y “las relaciones entre una misma generación que se distribuye en diversos grupos sociales no homogéneos ni simbólicamente ni en sus expresiones materiales de estilos de vida” y que tiene como base la subcultura (Taguenca, 2009, 160). De la integración y apropiación de estas estructuras, los jóvenes construyen una identidad parcial e inestable que los diferencia de “los otros”, sean éstos adultos u otros jóvenes. Por tanto, la identidad es una noción de carácter racional en aras de la identificación y diferenciación por medio de la cual los grupos sociales instauran su propia alteridad y con cuya construcción simbólica los jóvenes plantean su alteridad respecto a la autoridad en tanto sujetos en continua evolución y cambio, “así como en permanente

contradicción y conflicto con las distintas formas que presentan sus identidades plurales de sujetos históricos construidos” (Taguenca, 2009, 161).

Esta construcción de su identidad lleva a los jóvenes a conformarse en grupalidades basadas en “implicaciones emocionales y en localizaciones nómadas” que se entrelazan por medio de diversos referentes o símbolos en una búsqueda de un replanteamiento de unas fronteras las cuales evidencian “la arbitraria artificiosidad de unas demarcaciones que han ido perdiendo capacidad de hacernos sentir juntos” y “una profunda reconfiguración de la socialidad”. Lo anterior hace parte de un proceso de construcción de lo público, de constitución de los medios y las imágenes en espacio de reconocimiento social y de nuevas formas de existencia y ejercicio de la ciudadanía por medio de la cultura, y con ella la tecnología, como espacios estratégicos de creación y participación hacia la resistencia, la interacción y la transformación en una demanda de reconocimiento y sentido (Muñoz, s.f.).

Por otro lado, hablamos de una población de seres humanos tecnológicos en un mundo en cambio constante, donde las certezas se derrumban día a día, en el que reina la perplejidad, la fluctuación, la confusión, la libertad. Hablamos de “un individuo que sufre una constante inestabilidad sobre su identidad y una fragmentación de la subjetividad cada día mayor” (Barbero, 2003, p. 17). Así, la confusión, la incertidumbre, la perplejidad hacen parte característica de unos jóvenes desinfantilizados como resultado de la influencia de los modelos de los medios de comunicación en sus jóvenes mentes humanas. Juventudes a quienes sus experiencias han sido exterminadas, quienes viven vidas que no les pertenece por lo que la vida no tiene sentido, “porque la experiencia de lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa, porque la experiencia de nuestra lengua es que no tenemos lengua, que estamos mudos, porque la experiencia de quien somos es que no somos nadie” (Larrosa, 2001, pp.10). En este

sentido, los jóvenes de esta investigación han de ser sujetos de experiencia y, por tanto, sujetos de formación, un sujeto errante entre las aventuras, un sujeto abierto al riesgo y a la incertidumbre de la experiencia, un sujeto que padece aquello que le pasa y que deja en él una huella.

De igual forma, la lluvia de comunicación permanente sumada a una creciente sensación de soledad, una disminución del contacto humano directo, una virtualización de la vida, fárragos de acontecimientos diarios sin que ninguno se convierta en una experiencia, necesidad de independencia y autonomía cada vez más tempranas, un mundo disparejo e injusto, una carrera desesperada por llegar a un destino desconocido, producen, en la actualidad, jóvenes para quienes la tecnología es un marcador central de su identidad, “un dispositivo que arma, forma y da sentido a su vida y a sus prácticas” y la principal estrategia para enfrentar y superar los desafíos de su época. Y, es, en este sentido, en el que la tecnología marca una juventud que encuentra en ella un camino para entablar pactos con la sociedad de consumo, así como para establecer sus diferencias y sus críticas a esa misma sociedad. Así, la población objeto de este escrito es una juventud que, según Rossana Reguillo (2011), cree:

En sí mismos y en su círculo más cercano, sus amigos; creen en el dios “Hoy” por sobre todas las cosas y le rinden tributo sin dudarle; creen en “su familia”, lo más certero, infalible y muestra de que no están solos; algunos, muchos creen en Youtube, Facebook, Myspace, como lugares para armar sus biografías; creen en la virgen y en los santos piratas; en los libros de autor y en los CDs truchos; creen que su vida se agota cada día y cada día reinventan un motivo para seguir adelante. Creen que el poder de su “nombre propio” será conjuro suficiente para cambiar eso real que los agota.

Estos cambios en el mundo de los jóvenes apuntan a “la emergencia de sensibilidades dotadas de una fuerte empatía con la cultura tecnológica” en relación con sus idiomas y sus ritmos que implica una absorción de información como resultado de las mediaciones infocomunicacionales las cuales afectan la percepción de la escuela como aquella exclusiva institución encargada de transformar los saberes, y, a la vez que implica una distancia a los adultos que se resisten a esa nueva cultura y que ven en ella las causas de la decadencia de los valores intelectuales y morales de la sociedad actual.

Por otro lado, esta adopción de la tecnología como dispositivos que configuran subjetividades también implican una serie de lógicas y comportamientos orientados hacia el consumo que “asumen funciones de integración a órdenes sociales, proponen mundos valorativos y estilos, modelos de pensamiento y diversas formas de vida” (Muñoz, s.f.) y que pueden, así mismo, transformarse en espacios de manipulación con diversos fines.

No obstante, de la mano de la tecnología, y en oposición a la también real incapacidad de los jóvenes actuales de imaginar un futuro – un futuro que marca mayoritariamente su “deber ser” al tiempo que niega su “ser” presente –, los jóvenes actúan políticamente tanto en la gestión de demandas estructurales como en el surgimiento y contagio de la crítica a los gobiernos y sistemas contemporáneos, lo que implica una reconfiguración de la subjetividad política de las juventudes y una apropiación de territorios políticos que pueden ser piezas claves en la construcción de un futuro, no visto ya como la prolongación del propio orden social establecido, sino como la posibilidad para cambiarlo. Esta relación entre la prolongación y el cambio se ha caracterizado por su dimensión de oposición y, por tanto, por su necesidad de destrucción, por lo que uno de sus efectos ha sido aquel de ver los movimientos de resistencia generados como consecuencia de acontecimientos sociales,

políticos, económicos o culturales, como muestras de lo que ha de convertirse en una marginalidad estigmatizada. No obstante, estas marginalidades estigmatizadas son cada vez menos marginales en la medida en que los entornos a los que la juventud tiene acceso son cada vez de mayor dimensión cambiando así las redes de relación de los jóvenes como resultado de las Tecnologías de la Información y la Comunicación.

Sin embargo, más allá de las diversas maneras de ser joven, de definirse y de pensarse como tal, para este documento nos interesa principalmente la juventud de estudiantes universitarios que se encuentra inmersa en un contexto de desigualdad social en la sociedad colombiana como miembros de un colectivo activo, capaz de luchar por una transformación social por medio de las Tecnologías de la Información y la Comunicación.

ESTRATEGIA METODOLÓGICA

La finalidad de esta investigación es conocer con cierta precisión cómo las TIC pueden constituir dispositivos socioeducativos de lucha social en el caso de una población universitaria de Colombia, y analizar las implicaciones de esa perspectiva en las relaciones de poder y la configuración de subjetividades desde la teoría del acontecimiento, así como identificar en estas relaciones determinados efectos de manera que se pueda sugerir cierta intervención a partir de la escuela. Para tal fin, y desde el punto de vista metodológico, esta investigación encierra un conjunto de operaciones ordenadas que parten de la identificación del problema, continua con el planteamiento de la investigación y concluye con una fase de

interpretación y reflexión que lleva a establecer el significado y conclusiones sobre lo analizado, las potencialidades de la situación investigada y las posibles vías de intervención adecuadas para la misma.

En este sentido, se hará una investigación básica inicial que planteará las bases conceptuales y teóricas que han de permitir la aplicación conceptual y la reflexión teórica en función del análisis de las TIC en relación con la lucha por la justicia social a través de la teoría del acontecimiento y teniendo en cuenta los diferentes elementos que surgen de las interrelaciones entre estos conceptos y teorías en el caso del Movimiento Estudiantil Colombiano. Para cumplir tal objetivo, tras la base teórica y un barrido general de temáticas y conceptos relacionados con nuestro tema central, analizaremos las implicaciones de las TIC en el caso del movimiento social en cuestión en relación a los objetivos planteados al principio de este documento. Por último, se propondrán estrategias a nivel pedagógico que puedan potenciar este uso en función de lograr mayores alcances en el uso político de las TIC en beneficio de la lucha social en nuestro país.

Para llevarlo a cabo, se tomará como base metodológica la investigación cualitativa con observación con base en la recolección de datos seguida por una interpretación en función del desarrollo de los objetivos generales y específicos propuestos como centro del proceso en relación con la teoría del acontecimiento. De esta manera, los principios teóricos de esta investigación se usan como elementos para explorar las implicaciones que el uso de las TIC han tenido en el contexto de la lucha por la justicia social y las relaciones sociales resultantes en el marco del Movimiento Estudiantil Colombiano a partir de la observación de los procesos sociales que se han desencadenado.

Tras plantear el problema de investigación, revisar la literatura y contextualizar el problema mediante la construcción del marco teórico, se inicia un estudio exploratorio, descriptivo y correlacional entre los conceptos y las variables identificadas bajo un enfoque cualitativo en un proceso interpretativo de indagación basado en la teoría fundamentada en los datos en función de examinar el problema planteado. En este sentido, se indagan situaciones relacionadas con la lucha por la justicia social mediadas por la tecnología con miras a dar un sentido e interpretar los fenómenos en términos de la teoría del acontecimiento tras la recolección de textos observacionales y correlacionales.

En este marco de ideas, este documento constituye una investigación cualitativa en tanto está fundada en una posición filosófica ampliamente interpretativa como lo es la teoría del acontecimiento, y está basada en “métodos de generación de datos flexibles y sensibles al contexto social en el que se producen y sostenida por métodos de análisis y explicación que abarcan la comprensión de la complejidad, el detalle y el contexto con miras a un mayor conocimiento acerca de las dinámicas de los procesos sociales bajo el “interés por el significado y la explicación, el énfasis sobre la importancia del contexto y de los procesos y la estrategia inductiva y hermenéutica” (Vasilachis, 2006).

De esta manera, esta investigación constituye una manera de pensar las implicaciones del uso de la tecnología en el contexto de la lucha por la justicia social desde una forma de ver y conceptualizar los fenómenos a partir de una visión unida a una perspectiva teórica con el objetivo de comunicar e interpretar la realidad desde los objetivos propuestos en aras de obtener nuevas perspectivas sobre lo observable.

LA PARTICIPACIÓN JUVENIL Y LA POLÍTICA DEL ACONTECIMIENTO

Esos jóvenes que hacen parte de esta investigación son, a su vez, los protagonistas de manifestaciones de movilización impulsados por, entre otros, redes y comunidades virtuales que hacen parte de lo que Castells (1998, citado en García y Uscátegui, 2011) ha denominado *democracia informacional* como nuevas formas de participación de una política simbólica y una *política informacional* en un escenario de mediación en una emergencia de diversos espacios tecnológicos como los blogs y las redes sociales como un fenómeno que “tiende a ocupar el papel protagónico de fuente productora de representaciones sociales y el consecuente ocaso de la hegemonía que al respecto poseían los tradicionales medios de comunicación” (García y Uscátegui, 2011). Al respecto, y citando a García y Uscátegui (2011):

Hoy más que nunca, afirma Jesús Martín-Barbero (2001), las tecnologías de la información y la comunicación se constituyen en enclaves de condensación e interacción de mediaciones sociales, conflictos simbólicos e intereses económicos y políticos al tiempo que son el espacio para la emergencia de nuevos sujetos, nuevas relaciones, nuevas formas de crear, compartir y narrar. A su vez, la mediación tecnológica posibilita nuevas experiencias sensibles producto de la experimentación sensorial y estética, un nuevo sentido del goce y del placer a partir de experiencias como la actuación (el usuario asume el lugar de los personajes de la historia, toma decisiones, marca los recorridos), la inmersión (como la posibilidad de sumergirse en un lugar ficticio) y la transformación, (el usuario puede cambiar su apariencia) (Murray,1999). De tal forma que el arte, la comunicación, el entretenimiento y la política tienen ahora un espacio importante

para la experimentación, la participación y el goce, que abren paso a otras formas de representación, tanto desde lo individual como desde lo colectivo, en la medida en que posibilitan la conformación de comunidades virtuales (también comunidades del deseo) y las interconexiones a través de redes para movilizar grupos alrededor del mundo, sincronizados “virtualmente”.

En este contexto, los cambios sociales, como resultado de lo que se ha denominado comúnmente la crisis de la modernidad, se han convertido en un espacio que ha llevado a los jóvenes a configurarse como actores sociales desde dos maneras de analizar el fenómeno de la participación: “la postura instrumental” y “la postura desdramatizada”, también llamada “performatividad juvenil”. La postura instrumental es aquella que plantea la idea de incorporar a los jóvenes a las instituciones normalmente instauradas para permitir la participación ciudadana – escuela, trabajo, partidos, etc. – que parten de una mirada adulta desde la cual hay un pensamiento normativo que debe contrarrestar los imaginarios juveniles (Reguillo, 2003, p.50, citado en Martínez, 2008). Promoviendo una inclusión partiendo de los mismos principios que ocasionan la exclusión alrededor de una aproximación de pérdida o ganancia, se propone un modelo que prolonga las estructuras sociales y políticas modernas desconociendo el carácter heterogéneo y dinámico de unos espacios de inclusión y acallando las voces de las juventudes. Por estas razones, los espacios institucionales de participación son entidades cada vez más agotadas para las juventudes actuales.

No obstante, en momentos en que las culturas juveniles se hacen cada vez más evidentes como resultado de la visibilidad y las relaciones que se construyen a través de la red, se hace también cada vez más evidente que son los jóvenes los que más sufren las consecuencias de la crisis mundial, y paradójicamente, son ellos mismos los que se han convertido en el blanco de

las medidas represivas de una política de seguridad bajo una perspectiva de los jóvenes como enemigos de la sociedad. No obstante, son ellos mismos, los que lanzan, por medio de sus movimientos de resistencia, de sus relaciones mediadas por la tecnología y de sus enmarañadas identidades cambiantes, el desafío de una posibilidad de cambio. Esta necesidad de creación de una nueva realidad parte principalmente de tres procesos: “la aceleración de la tecnología, la globalización y la precariedad de la idea de futuro” (Martínez, 2008, p.4). Los jóvenes actuales captan el drama que acarrea la crisis, comprenden la contingencia de un futuro incierto y mantienen una visión crítica que les permite cuestionar los órdenes políticos, sus protagonistas y las instituciones desde la cotidianidad de la vida y, por ende, desde las relaciones con la red².

Por otro lado, “la postura desdramatizada” parte de las expresiones culturales juveniles que, con no poca regularidad, se limitan a una conceptualización del joven desde la idea de hedonismo y nomadismo permanentes. Desde este punto de vista, se plantean las culturas juveniles como “un conjunto heterogéneo de expresiones y prácticas socioculturales” que se manifiestan como una representación del malestar en torno a las sociedades actuales, aunque, en ocasiones se visualicen a través de la capacidad de goce sin tiempo ni espacio. Sin embargo, estas simbologías juveniles hacen parte de un contexto de acción en un mundo simbólico y, por ende, hacen parte de lo social en medio del análisis sociopolítico.

Esta “performatividad juvenil” enfoca la atención en características tribales de los grupos juveniles “en detrimento de las dimensiones institucionales y del papel del mercado como rearticulador de los sentidos de pertenencia y ciudadanía y, de manera especial, generaría una

² La separación entre los jóvenes “conectados” a las nuevas tecnologías y aquellos al margen de ellas, ha de llevar en el corto plazo a un quiebre entre los incluidos y los excluidos en el marco de un nuevo mundo global. En el caso de esta investigación, se parte de una población joven conectada y mediada por las TIC.

invisibilización analítica de lo que Chantal Mouffe ha denominado ‘los antagonismos políticos’, el conflicto” (Reguillo, 2003, p.53, citado en Martínez, 2008). Estas expresiones constituyen expresiones preformativas de manifestación de la posición y el malestar de los jóvenes frente a la sociedad que habitan ya sea a través de la música, los gustos estéticos, los lugares comunes o las prácticas culturales que en el fondo constituyen “una crítica ensordecedora, un dolor disfrazado de ironía indiferente, una angustia afásica travestida de gozo (Reguillo, 2003, p.50, citado en Martínez, 2008). Esta performatividad es una pieza clave para entender la participación política de los jóvenes ya sea en el cuerpo, en la música, en las prácticas culturales o en la tecnología teniendo en cuenta el planteamiento de Rossana Reguillo de que “la política no es un sistema rígido de normas para los jóvenes, es más bien una red variable de creencias, un bricolaje de formas y estilos de vida estrechamente vinculado a la cultura, entendida ésta como vehículo o medio por el que la relación entre los grupos es llevada a cabo” (Reguillo, 2000, p.43, citado en Martínez, 2008).

Así mismo, se hace necesario comprender el hecho de que los jóvenes usan la cultura como plataforma para ejercer la ciudadanía por lo que, usualmente, las estructuras y formalismos políticos convencionales chocan con la visión de los jóvenes y limitan los espacios disponibles para su participación, sin tener en cuenta que el destino de las sociedades, especialmente las latinoamericanas, actualmente reposa en una fuerza electoral conformada por los jóvenes que ven desdibujadas las posibilidades de futuro por la vía de la democracia convencional. Esta brecha entre las instituciones y los jóvenes lleva a tres procesos: desentendimiento, pragmatismo y aparición de nuevos referentes (Martínez, 2008, p. 14), los cuales, de la mano de las tecnologías, se convierten en manifestaciones de resistencia y acontecimientos como posibilidades de mundos posibles.

“Y mientras eso sucede, las culturas juveniles de la crisis, de la globalización y la tribalización (re)inventan mecanismos para confortarse colectivamente y sobrevivir a la violencia cotidiana y generalizada, al desencanto profundo que les ha abierto un hoyo negro en la esperanza” (Reguillo, 2003, p. 115, citado en Martínez, 2008, p. 18). Así, “las nuevas tecnologías permiten abrir espacios de interlocución entre la ciudadanía y, con ello, recuperar el diálogo necesario para que la política sea fruto de una interacción entre todos aquellos interesados en lo público” (Martí, 2004).

En este contexto, la participación política de los jóvenes está relacionada con su capacidad de ejecutar otras formas hacer política mediadas por las TIC como parte de una capacidad de los individuos y de los grupos de intervenir en la sociedad con miras a transformarla por medio de la acción. De esta manera, existen demandas, inquietudes, peticiones y propuestas de los jóvenes que encuentran vías de ejecución y movilización, desde discusiones hasta acciones concretas, a través de redes sociales que “trascienden el ciberespacio y se materializan en marchas, protestas, movilizaciones, peticiones al gobierno y a instancias estatales, entre otros” (García y Uscátegui, 2011).

LAS TIC Y LA RESISTENCIA

En aras de analizar la relación entre los movimientos de resistencia y las Tecnología de la Información y la Comunicación, partiremos del planteamiento de estos movimientos más allá de las evidentes manifestaciones callejeras que tienden a limitar su perspectiva a simples

protestas como resultado de hechos o acontecimientos muy puntuales tras los cuales no hay nada más. Por el contrario, en el interior de estas manifestaciones se encuentran colectivos, organizaciones y formaciones políticas las cuales, aunque con posicionamientos disímiles, comparten su oposición y crítica al orden hegemónico existente y logran objetivos comunes.

Así, los movimientos de resistencia alrededor del mundo han sufrido grandes cambios como resultado de las Tecnologías de la Información y la Comunicación en relación con las vías de comunicación, la organización y el alcance que esas vías permiten y la resonancia que logran, incluso a nivel mundial, por medio de la construcción de conversaciones colectivas sin precedentes históricos. De esta manera, las redes de resistencia a nivel global se evidencian como “la adaptación de la resistencia política a la nueva realidad mundial” (Amat, Brieger, Ghiotto, Llanos, Percovich, 2002) teniendo en cuenta que “el rechazo de los jóvenes a los modos de dominación y la resistencia desde los límites actuales de la libertad permiten la aparición de una nueva subjetividad y la posibilidad de transformación de un sistema político y de un sujeto político” (Martínez, 2008, p. 17). Este surgimiento debe hacer parte de una relación antagónica de recíproca incitación y lucha en el sentido en que “resistir es el modo como la libertad hace patente su existencia” teniendo en cuenta que las relaciones de poder implican necesariamente posibilidades de resistencia, y estas posibilidades de resistencia se abren paso de la mano de las relaciones predominantes en los grupos sociales, las cuales, en el caso de los jóvenes, se dan por mediaciones desde y con la tecnología.

En la medida en que las relaciones de poder consisten en la actualidad en una manera de llevar al otro a ejecutar la conducta necesitada o deseada (Martínez, 2008, p. 17), las posibilidades de resistencia mediadas por la tecnología permiten una negociación y una construcción conjunta nunca antes visibilizada en un juego de poder contra poder. Esta

performatividad en la libertad y la resistencia permiten la creación de otras maneras de hacer política diferentes a las vías convencionales, “(...) por ejemplo, las culturas juveniles han dotado a la calle, al concierto o a la tocada – como nombran a los espacios musicales los jóvenes mexicanos – de una función política que desborda los espacios formales y legítimamente constituidos para la práctica de la política (Reguillo, 2000, p. 145, citado en Martínez, 2008, p. 18). En estas otras vías políticas, las tecnologías tienen un papel protagónico, teniendo en cuenta que la performatividad juvenil como participación política revela que el acontecimiento ha cambiado la distribución de los deseos a partir de una nueva forma de entender el mundo desde una concepción de multiplicidad, de interconexión, de relaciones en red y de colectividad que abren paso a otras formas de vida.

Así, a diferencia de los movimientos juveniles de los años sesenta principalmente caracterizados por el desenmascaramiento de las promesas de una modernidad disfrazada de progreso y desarrollo, los movimientos de resistencia actuales se manifiestan por medio una conversación colectiva sin precedentes históricos que trasciende fronteras de todo tipo gracias a las posibilidades que ofrece la coyuntura de estructuras de oportunidades políticas y la interconectividad de las TIC. Por lo tanto, para comprender estas actuales manifestaciones sociales, se hace necesario tener en cuenta el cómo “los sujetos se vuelven sujetos de sus destinos personales, y cómo de sujetos se transforman en actores políticos por medio de conexiones de redes” (Scherer-Warren, 2005). De esta manera y a pesar de la exclusión en la que se encuentran muchos jóvenes frente a la tecnología digital, la juventud sabe usar la tecnología y lo sabe hacer a su favor, para pronunciarse, producir, crear arte, proponer, unirse, reinventar su mundo y reinventarse en él, lo que, a su vez, pone en evidencia la configuración

de una comunicación ciudadana que incorpora las nuevas tecnologías a los modos de participar políticamente.

No obstante, y en aras de delimitar los casos que servirán de análisis en el presente documento, tomaremos estas manifestaciones de resistencia como redes que, principalmente aunque sumidas en su heterogeneidad y sus diversos objetivos, luchan contra la globalización neoliberal³ y sus consecuencias – la concentración inequitativa de la riqueza y el poder, el incremento de la pobreza, el desgaste ambiental, el poder de las corporaciones, entre otros – como enemigo común desde diferentes perspectivas, critican las bases del pensamiento ideológico que avala el orden mundial en torno a una interpretación única de la realidad y cuestiona sus efectos económicos, sociales, políticos y culturales. La amplitud que implica la disposición del poder actual como adversario compartido, sumado al incremento en el uso y acceso a las TIC, ha permitido una unión de diferentes tipos de movimientos y de debates sin precedentes históricos, lo que pone en evidencia, día tras día, que la resistencia a los procesos de mundialización actuales no se limitan a una minoría joven, rebelde y confundida sino que, por el contrario, es una oposición que va más allá de protestas coyunturales hacia una reinención de la política alternativa (Amat, Brieger, Ghiotto, Llanos, Percovich, 2002).

Las redes de resistencia a nivel global son redes que se interrelacionan, crecen y se organizan sin un centro ordenador de por medio. Parten de la base de individuos que comparten intereses y se organizan en grupos de afinidad, los cuales, posteriormente, se

³ Dada la complejidad de definición del término ‘globalización’ como consecuencia de los muy diversos contextos, discursos y temáticas en los cuales es usado, y partiendo de las características, los objetivos y extensión del presente trabajo, nos limitaremos a plantear el concepto de globalización desde su trascendencia en el pensamiento macroeconómico, en los medios de comunicación y en las ciencias sociales en relación con las transformaciones en la estructura social, hábitos de conducta y modalidades de producción, así como en una considerable variedad de temas tales como la ecología, el turismo, la tecnología, entre otros. Dado que el término globalización está íntimamente ligado al neoliberalismo en lo concerniente al conjunto del mundo contemporáneo (Amat, Brieger, Ghiotto, Llanos, Percovich, 2002), entendemos por globalización aquellos procesos que tienen como consecuencia que actores transnacionales se introduzcan en las capacidades de poder, en las orientaciones, identidades y redes de los Estados nacionales y de su soberanía y pasen a través de ellas (Held y McGrew, 2003, citado en Martí, 2004).

reúnen con otros grupos alrededor de objetivos comunes y coordinan sus actividades. En este sentido, las nuevas tecnologías permiten una veloz organización y una coordinación de acciones simultáneas en distintas partes del mundo, sin poderes centralizados o disputas internas por parte de colectivos heterogéneos (Amat, Brieger, Ghiotto, Llanos, Percovich, 2002).

Estas redes de resistencia se constituyen en conexiones de varios actores u organizaciones que comparten información, buscan apoyo o establecen estrategias de acción conjuntas en torno a un objetivo común y conforman colectivos a través de Internet, los cuales, a su vez, pueden constituirse en segmentos o nudos de una red más amplia de movimientos sociales en aras de una red de redes de colectivos identitarios. Estas conexiones en red hacen parte “de los movimientos sociales en la sociedad de la información” (Scherer-Warren, 2005).

Lo interesante de estas dinámicas no es tan sólo cómo las tecnologías han hecho posible estas manifestaciones de protesta, sino también cómo las tecnologías las han moldeado siguiendo características propias de las mismas tecnologías de la información, en el sentido en que, la facilidad de convocatoria casi ausente de burocracia y jerarquía, así como la cultura del intercambio de información continua pone en evidencia las redes orgánicas y entrelazadas de Internet (Klein, 2000, citado en Amat, Brieger, Ghiotto, Llanos, Percovich, 2002). Las diferentes campañas o movimientos están íntimamente unidas y ligadas unas a las otras como una cadena de enlaces de Internet formando una gran red, un gran hipertexto que constituye esta nueva organización política. Esta idea de red plantea una forma organizacional y unas estrategias de acción que le permiten a los movimientos sociales desarrollar relaciones más horizontales y con menos centralización, lo que, a su vez, garantiza procesos más democráticos con una gran capacidad de difusión de información y de conexión de iniciativas

(Scherer-Warren, 2005). En este sentido, nuevas áreas de resistencia, protagonizadas especialmente por aquellos que militan en el mundo digital, se han definido recientemente bajo el término de *ciberactivismo* el cual contiene múltiples expresiones y núcleos con fronteras fluidas tales como el movimiento del *software* libre, las luchas contra la privatización de Internet, el *hacktivismo*, el movimiento de cultura libre, o grupos como *Anonymous*, entre otros (Burch, 2011).

Así mismo, y teniendo en cuenta esta misma naturaleza intangible de la red, la identificación de esos resultados de los movimientos de resistencia implicaría un análisis de redes que evalúen su impacto en cada una de las fases de la política pública sin desconocer la pronta disolución de estas manifestaciones y los pobres restos que quedan a manera de enlaces, páginas *web*, blogs, o grupos en redes sociales como si el único fruto duradero fuese la memoria colectiva, los lazos personales y la interconectividad y complicidades entre los nodos (Martí, 2004). No obstante, no cabe duda de que esta relación de resistencia y tecnología tiene su impacto en términos de alteridad: no se vuelve a ser el mismo.

No obstante, también se hace necesario plantear el dilema de si se trata de un nuevo movimiento más flexible y con una diversidad de identidades sociales básicas, o de un encuentro esporádico de movimientos convocados gracias a las nuevas tecnologías y sus ventajas en la reducción de las distancias, hacia la configuración de un “movimiento de movimientos” (Martí, 2004) de la mano de una relación íntima entre la comunicación y la acción en función de la construcción de alternativas como respuesta a problemas comunes, sin perder de vista que es esa acción humana – la voluntad, el impulso colectivo, la decisión de las personas de manifestarse y luchar por el cambio --, la que dirige la historia y no el simple talento ingenieril.

EL CASO LATINOAMERICANO

Los movimientos populares en América Latina tienen su origen en la década de los sesenta y los setenta y nacieron como una oposición a los regimenes militares de los diferentes países del continente. En este contexto, emergen dos tipos de comunicación: una comunicación alternativa por parte de los intelectuales de izquierda, y una comunicación popular por parte de los movimientos de base. En ambos casos, estas formas de comunicación “se constituyen como formas de resistencia hacia una comunicación de masa que se desarrolla de acuerdo a los intereses hegemónicos de grandes grupos económicos y políticos, incluyendo las propias corporaciones mediáticas (Cogo, 2005, citado en Cogo y Barsi, 2011).

En esta trayectoria de los movimientos populares, la comunicación hace parte de una lucha ideológica cuyos objetivos son enfrentar la dictadura y la censura impuesta por los regimenes militares, así como demandar mejores condiciones de vida y la superación de desigualdades por medio de la movilización social y la publicación de periódicos, revistas, panfletos, alto parlantes y otros tipos de informativos alternativos. En este sentido, la comunicación es considerada como “contra-hegemónica a la producción masiva realizada por los grandes conglomerados de medios y por la comunicación pública estatal, definiéndose, aún, por las posibilidades que favorece no sólo a la participación de sectores o grupos sociales en la elaboración de contenidos, sino también en los procesos de gestión y producción de la comunicación”. En este orden de ideas, los medios de comunicación alternativos constituyen representaciones de contra-comunicación por parte de comunidades y movimientos sociales en aras de la libertad de expresión, la democratización de la información, el acceso a los medios

de comunicación y la concientización en torno a las problemáticas identificadas con miras al cambio social (Cogo y Barsi, 2011).

Desde la década de los noventa, la globalización económica y cultural, la relativización de los estados nacionales, la conformación de sociedades en red, los flujos migratorios alrededor del planeta, y el reordenamiento de los movimientos sociales, sumado al amplio desarrollo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación han ido cambiando la forma en que la comunicación pasa a formar parte del proceso de reconfiguración de la actuación de los movimientos sociales y en sus campos de acción, los cuales, a su vez, facilitan el surgimiento de nuevos tipos de temáticas y, por tanto, de movimientos, que ya no aspiran tan sólo a cambiar la sociedad sino a transformar la vida (Touraine, 1998, citado en Cogo y Barsi, 2011).

Lo anterior adquiere relevancia si se analiza desde el hecho de que las prácticas ciudadanas y sus manifestaciones políticas han estado presentes en los medios de comunicación alternativos en una búsqueda por la movilización y el cambio social, así como por una posibilidad de democratización de los mismos medios y las políticas de comunicación y por una ampliación de lo que hasta ahora se consideraba ciudadanía. De esta manera, “estos movimientos actúan como gestores de políticas de comunicación y cultura, encontrando un espacio de visibilidad en la sociedad contemporánea, además de exponer su lucha y sus ideales de mundo para movilizar y unir movimientos con causas afines, aunque no se encuentren en el mismo entorno físico” (Cogo y Barsi, 2011), desdibujando lo local hacia un aspecto más transnacional.

A partir de la última década del siglo XX, la intensificación en el uso de las TIC, especialmente el Internet, ha modificado sustancialmente la forma en que la sociedad y, en

este caso, los jóvenes, se relacionan con los medios lo que, a su vez, enfatiza el carácter sociocultural de los movimientos sociales. En este sentido, los jóvenes reconfiguran los modos de producir y gestionar la comunicación bajo nuevas singularidades, en la medida en que los nuevos tiempos exigen nuevas y más profesionales formas de comunicar a través de otros soportes de los medios (Peruzzo, 2008, citado en Cogo y Barsi, 2011). El carácter colaborativo y participativo de la red convierte al Internet en un espacio preponderante para los grupos de jóvenes bajo otras configuraciones en función de especificidades que hacen parte de estas nuevas tecnologías disponibles y de la creación de perspectivas diferenciadas de apropiación de estas tecnologías por las juventudes en aras de un proceso de empoderamiento y, por tanto, de inclusión social y construcción de la ciudadanía (Cogo y Barsi, 2011).

De esta manera, los movimientos luchan contra el modelo de los medios masivos por medio del empoderamiento que significa “la participación popular activa con poder de control y de decisión en los procesos sociales” (Peruzzo, 2008, p. 376, citado en Cogo y Barsi, 2011, p. 8), enfatizando la interrelación entre la comunicación y las prácticas de ciudadanía, en la medida en que los medios de comunicación, en el marco de las TIC, son un potencial para que los grupos sociales construyan su ciudadanía y tengan una voz propia que les permita intervenir efectivamente en la sociedad a partir de la actuación de los movimientos sociales en red, no obstante, partiendo de la base de que las TIC no producen los cambios en tanto instrumentos, sino en tanto dispositivos de la capacidad de los movimientos humanos, de las culturas juveniles, para “visualizar y magnificar sus búsquedas haciéndolas circular y movilizar” (Reyes, s.f.).

Así, tras las manifestaciones de Seattle en 1999, el Foro Social Mundial en Porto Alegre y las manifestaciones que se sucedieron en diversos rincones del planeta, también en

Latinoamérica se perfila una nueva realidad de los movimientos sociales desde una dinámica no sólo defensiva y en contra, sino propositiva y a favor. Tras la caída del Muro de Berlín, este fenómeno de las luchas sociales adquieren una gigante dimensión de movimiento de la sociedad civil contra la globalización neoliberal. Estos movimientos se han traducido en diferentes manifestaciones como el zapatismo en México, los movimientos indígenas de resistencia en Bolivia y Ecuador, las fuerzas de izquierda en Uruguay y Venezuela, los grupos de YoSoy132 en México y el Movimiento Estudiantil Colombiano.

Es así como los jóvenes de América Latina se han visibilizado por medio de manifestaciones de resistencia con procesos de insurgencia sin nociones programáticas y mediados por las tecnologías que les permiten ser más rápidos, tener un mayor alcance, ser más creativos y estar en permanente interacción con otros movimientos afines, sin agotar la explicación posible a su uso instrumental. El caso del movimiento YoSoy123 en el contexto mexicano es un claro ejemplo de cómo, tras su humilde inicio como una jornada estudiantil/juvenil de indignación de los estudiantes de la Universidad Iberoamericana, se ha ido convirtiendo en un movimiento de amplia acogida por todo tipo de personas quienes han encontrado en él la posibilidad de tomar el rumbo de su país, de exigir justicia y de democratizar los medios, partiendo de la base del Twitter, las redes sociales y demás posibilidades del Internet como los medios de comunicación menos distorsionados por la hegemonía política y, por tanto, más veraces para los ciudadanos.

En este marco de posibilidades, el Facebook y los blogs se presentan como la plataforma de la intersubjetividad no organizada tan sólo desde una única perspectiva, sino justamente desde la configuración de subjetividades que abre paso a la construcción de una sintaxis que le

permite al sujeto estar en contra de la matanza de delfines en Japón y a favor de un nuevo sistema de salud en Perú al mismo tiempo como si fuese un gran hipertexto (Reguillo, 2012).

FACEBOOK Y BLOGS FRENTE A LA LUCHA POR LA JUSTICIA SOCIAL

Este modelo de organización en red es el resultado de la unión de muchos individuos y muchos grupos que usan el Internet, en particular, las redes sociales, como una adaptación a la fragmentación y una configuración de una interpelación a la sociedad actual y a cambios culturales a gran escala tras los cuales sólo la coordinación en red puede hacer posible la concatenación de tantos individuos, organizaciones, intereses, grupos de afinidades, hacia un sistema que permita su crecimiento infinito sin ceder a ningún tipo de estructura superior. “Como sucede en Internet, uno es libre de acceder a las páginas que quiera y sacar de ellas lo que le interese, olvidándose del resto. Es el punto de vista del navegante en la red llevado al activismo social, que refleja una cultura virtual paradójica capaz de combinar el narcisismo más extremo con una intensa necesidad de conexión con el exterior” (Klein, 2000).

No obstante, más allá de simples recursos de comunicación y conexión, el Facebook y los blogs expresan un renacimiento de la acción política desde la sociedad cuyos atributos y características – flexibilidad, horizontalidad, interconexión, articulación, multiplicación, intercambio – , ponen de manifiesto una complejidad que no depende exclusivamente de las nuevas tecnologías pero que sí se potencia considerablemente por ellas.

Esta posibilidad de interconexión y de construcción conjunta ha incorporado al repertorio de la acción colectiva tradicional nuevas formas que han terminado por crear una “cultura movimentista” de la mano todos estos jóvenes manifestantes. Así, a pesar de la necesaria existencia de un “núcleo duro” que ejerza funciones de liderazgo, que articule las propuestas o demandas, que guíe las ideologías y las consignas, y que interaccione con el entorno organizacional, es la presencia de un entorno social movilizad el que da cuerpo al movimiento teniendo en cuenta su estructura de individuos o pequeños grupos entrelazados, mayoritariamente convocados por medio de plataformas tecnológicas como las redes sociales y los blogs que sirven como esos mecanismos de transformación del potencial para la acción colectiva en participación (Martí, 2004).

Estas redes sociales, en este caso el Facebook, y los blogs, establecen vínculos gracias a los cuales las personas se comprometen, generan lazos y deciden movilizaciones y, por lo tanto, constituyen elementos esenciales en la medida en que se han transformado en entornos organizativos como espacios de convocatoria y construcción para coordinarse e interactuar. En este sentido, el Facebook y los blogs funcionan como plataformas de Internet que confieren a los movimientos de:

“una herramienta de comunicación que permite la flexibilidad y la temporalidad de la acción manteniendo al mismo tiempo un carácter de coordinación y una capacidad de enfoque de esa movilización; la difusión extensiva de los códigos culturales y de valores a través de la transmisión instantánea de ideas en un marco que permite la coalición y la agregación; y la posibilidad de proponer espacios de resistencia en sociedades locales, haciendo a la vez relevantes las experiencias cotidianas en el resto del mundo y permitiendo su articulación con muchas otras

protestas que acaban aterrizando en algún lugar del mundo” (Castells, 1998, citado en Martí, 2004).

En este sentido, aunque las redes sociales y los blogs son un dispositivo que configura subjetividades y su virtualidad es esencial para comprender los movimientos sociales contra la globalización y por lograr una sociedad más justa, se hace también necesario analizar los valores que son el punto de partida, es decir, “Internet no creó al subcomandante Marcos, al Movimiento de Resistencia Global, a *Public Citizen*, ni a *Human Rights Watch*, pero sin Internet éstos nunca hubieran sido lo que hoy representan” (Martí, 2004) en el sentido en que “aunque por sí misma no determina la evolución histórica y el cambio social, la tecnología (o su carencia) plasma la capacidad de las sociedades para transformarse, así como los usos a los que esas sociedades, siempre en un proceso conflictivo, deciden dedicar su potencial tecnológico” (Castells, 1996).

En este orden de ideas, las redes sociales contienen tres dimensiones esenciales para su análisis y que tienen grandes implicaciones en el surgimiento y desarrollo de movimientos de resistencia: la *temporalidad* que permite nuevas formas de comunicación en tiempo real pero con conexiones de tiempos sociales distintos; la *espacialidad* que crea territorialidades tanto locales como globales, presenciales y virtuales y la conexión entre ambas; y la *sociabilidad* en el sentido de nuevas formas de relaciones sociales en lo concerniente a intensidad, alcance, intencionalidad y conectividad (Scherer-Warren, 2005).

No obstante, el éxito de los movimientos sociales implica, así mismo, una íntima relación con los medios de comunicación de masas, ya que, de la manera en la que ellos comuniquen, no sólo lo relacionado con las manifestaciones concretas sino las razones que los movilizan y

las demandas hechas, depende el condicionamiento del interés de los medios, y, por ende, su alcance a nivel mediático.

El papel del Facebook en las manifestaciones por mayor justicia social surge, inicialmente, bajo una estructura organizativa en la medida en que permitía gestiones logísticas en aras de la convocatoria a manifestaciones de diversos tipos y a un alto número de personas con las que se comparten intereses comunes. No obstante, lo que ingenuamente se pudo haber gestado como un mecanismo de citación, se ha convertido poco a poco en una plataforma por medio de la cual se dan a conocer desde los más profundos ideales hasta datos relacionados con desalojos, reacciones policiales u horarios de manifestaciones, además de ser un espacio de construcción de identidades, de creación de realidades posibles y de tejido de redes de seres humanos en torno a intereses y proyectos comunes por medio de otras plataformas interconectadas.

Esta comunicación e interconexión en red refuerza en los individuos y las organizaciones la pertenencia y construcción conjunta de una entidad mayor, a un gran movimiento de resistencia que se pronuncia, que elabora políticas y construye agendas, que convoca incluso a nivel internacional, por lo que la sensación de aislamiento y debilidad cede ante el valor de la actuación colectiva y de la existencia de una solidaridad internacional. Y es así como el Facebook y los blogs han abierto el camino hacia la construcción de convergencias sociales locales, regionales, nacionales e internacionales hasta hace poco impensables que van mucho más allá del simple hecho de coincidir en un punto de encuentro de protesta. En este sentido, lo que se viene articulando desde los movimientos sociales son dinámicas que conjugan la necesidad de la protesta con la de la propuesta para anteponerle al plan globalizador un

proyecto desde los pueblos “con una lógica solidaria que contemple lo local, lo nacional y lo global” (León, Burch, Tamayo, 2001).

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN COLOMBIA

Un repaso al movimiento estudiantil colombiano puede plantearse desde seis grandes períodos según Archila (2012): “los primeros pasos (1909-1929)”, “visibilidad oscilante (1930-1945)”, “resistencia democrática (1946-1957)”, “radicalización contra bipartidismo (1958-1974)”, “hacia el movimiento popular (1975-1990)” y “crisis y recomposición (1991-2011)”. Cada uno de esos momentos cuenta con características específicas que permiten su análisis en función del movimiento estudiantil en el país, su despliegue y sus conexiones con cada período anterior y posterior. No obstante y dada la extensión y enfoque del presente documento, nos concentraremos en la cronología del conflicto en torno al proyecto de ley 112 y las manifestaciones que resultaron en consultas para la elaboración de la nueva propuesta de reforma y el involucramiento de nuevos sectores de la sociedad en la lucha estudiantil como parte fundamental en el proyecto de nación; lo anterior en relación con las Tecnologías de la Información y la Comunicación, en especial en lo concerniente con el Facebook y los blogs.

Así, “si partimos de la premisa de que los movimientos sociales son una forma de acción política colectiva que implica la preexistencia de un conflicto que trata de resolverse a través de la movilización, hablar de movimientos sociales en la actualidad indica que algo anda mal (al menos para unos cuantos) en ‘nuestro’ nuevo orden global y con un especial énfasis en la

región latinoamericana”, en tanto, para que “exista algún tipo de movilización es imprescindible que la gente se siente se sienta agraviada y crea que la acción colectiva pueda contribuir a solucionar la situación” (Martí, 2004).

A lo largo del año 2011, los estudiantes colombianos, especialmente aquellos del sector universitario, se tomaron las calles de diferentes ciudades del país para llamar la atención de la sociedad colombiana sobre los problemas de la educación superior. No obstante, la gran heterogeneidad del movimiento estudiantil colombiano, teniendo en cuenta el peso del factor generacional, lo enfrenta a contradicciones tanto en el campo educativo como en el cultural y político en relación con temas como la democracia, el antiimperialismo, el anticapitalismo, entre otros. Y, aunque se logró el retiro oficial de la reforma a la educación superior lo cual constituía el objetivo de base de estas manifestaciones, las tareas del movimiento estudiantil en aras de un nuevo proyecto aún están por construir.

Las protestas del movimiento estudiantil a la Ley 30 fueron el resultado de una serie de regulaciones que hacen parte de este período de “crisis y recomposición” que se extiende desde 1991, en relación con la definición de la educación como un servicio público, el fortalecimiento del rol vigilante del Estado, la precaria situación financiera de las universidades, el papel único de los Consejos Superiores de las universidades para designar sus autoridades, la elaboración de la reglamentación propia de cada universidad, entre otros puntos de controversia que estallan a raíz del proyecto gubernamental de reforma en el 2011. Los problemas de que adolece la Ley 30 no se ven directamente solucionados por la Ley 112 propuesta de forma apresurada en tanto la ampliación de la cobertura de la educación superior sin la suficiente planeación ni financiación se hace a costa de la calidad y, por consiguiente, “en la búsqueda de recursos para ampliar la cobertura ‘con calidad’ se acudía a dos

mecanismos que terminarían convirtiendo a la educación en una mercancía y privatizando la educación pública”, teniendo en cuenta que la evaluación de calidad hace parte del proyecto gubernamental en función de procesos de acreditación que son fundamentales tanto para acceder a instancias de decisión como para la distribución de los recursos y cuyas labores de evaluación quedan delegados a entes externos, e impulsando la inversión privada en la educación superior, entre otros aspectos de la reforma (Archila, 2012). Por lo tanto, era clara la inminente necesidad de modificar la Ley 30, aunque no por medio de la propuesta del gobierno.

Ante todo lo anterior, los estudiantes se pusieron al frente de la movilización aunque ella fue tan sólo la punta del iceberg en la medida en que grupos estudiantiles completaban ya años buscando formas organizativas que frenaran la crisis financiera de las universidades y llegaran a la inminencia de una reforma a la Ley 30. A partir de esos grupos estudiantiles, y de una reunión en la Universidad Nacional de Colombia en marzo de 2011, se dio como resultado la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) bajo la decisión de articular todas las organizaciones independientemente de sus perfiles locales, regionales, nacionales, públicos, privados, técnicos o tecnológicos. A partir de esta unión, nace la decisión de paro nacional concertado para el 12 y 13 de octubre que se tornó indefinido hasta tanto no se retirara el proyecto de reforma de la Ley 30. Sin embargo, estas movilizaciones fueron el resultado de meses de proclamas, protestas, manifestaciones, marchas, reuniones, convocatorias, foros, hasta la “toma de Bogotá” el 10 de noviembre que constituyó la movilización más multitudinaria y que se convirtió, a su vez, en una marcha triunfal pues coincidió con el anuncio del gobierno de retirar el proyecto de Ley 112. Posteriormente, el día 24 de

noviembre se lleva a cabo una jornada continental acordada con otros estudiantes latinoamericanos (Archila, 2012, p. 93).

El gran impacto de estas movilizaciones radicó, más allá del gran número de manifestantes y la cobertura a nivel nacional, “en su carácter pacífico y en las formas simbólicas y lúdicas de protesta como los ‘abrazatones’, los ‘besatones’ y la presencia de estudiantes disfrazados como en carnaval. Estas iniciativas que enfrentaban a los estudiantes con la fuerza pública por medio de besos y abrazos, tuvieron un gran impacto en la opinión pública tras difíciles momentos que incluyeron la descalificación por parte del gobierno y la represión estatal que cobraron incluso una vida.

A lo largo de una experiencia de lucha sociopolítica, el Movimiento Estudiantil Colombiano sacudió a la sociedad colombiana y mostró que hay una generación que puede dar un impulso de cambio de la mano de recursos que rompen ataduras, reactivan antagonismos y disparan procesos de organización, movilización y politización. La insubordinación de los estudiantes colombianos contiene en sí misma un valor político que rebasa los objetivos obtenidos y plantea una plataforma a partir de la cual se pueda pensar, imaginar y empezar a construir nuevos horizontes de cambio de la sociedad colombiana de la mano de su propia juventud.

Lo anterior adquiere relevancia en el sentido en que más allá del Facebook o los blogs, la coordinación de estas movilizaciones sociales no depende tan sólo de las redes, sino de las “cosmovisiones” compartidas, de los “marcos de acción colectiva” entendidos como “lentes a través de los cuales se perciben las oportunidades”, como “discursos culturales para describir significados compartidos que impulsan a las personas a la acción colectiva”. Así, aunque estas

movilizaciones se apoyan en las redes sociales, también dependen de elementos enraizados en la sociedad, de la capacidad de impactar con los medios de comunicación de masas, de la experiencia personal, la memoria colectiva y la cultura en relación a aspectos simbólicos. Más que agravios o injusticias, tiene que existir una conciencia por parte de la población de esas situaciones, un discurso social que los relaciones con determinadas políticas ejercidas desde el poder en cuestión y “un discurso que justifique, dignifique y anime la acción colectiva” (Martí, 2004).

En este sentido, el caso concreto del Movimiento Estudiantil Colombiano se evidenció como un actor político colectivo que creó significado con el objetivo de desafiar los discursos sociales dominantes, explicó la realidad a través de una serie de valores que visualizan los agravios (a través de la situación del sistema educativo), planteó un pronóstico optimista por medio de la movilización creativa (la necesidad de abolir la Ley 30), y motivó a la sociedad a movilizarse para lograr su objetivo, impactando y redefiniendo las creencias sociales compartidas que configuran lo que comúnmente se define como ‘sentido común’, y haciendo que se actuara de acuerdo con él. El Movimiento Estudiantil Colombiano cumplió esa tarea fundamental de los movimientos sociales de “convencer que las indignidades de la vida cotidiana no están escritas en las estrellas, sino que pueden ser atribuidas a alguna política, autoridades o grupo de interés y de que pueden cambiar por medio de la acción colectiva” (Martí, 2004) y desempeñó un papel relevante como actores de resistencia y propulsores de políticas sociales ciudadanas (Scherer-Warren, 2005).

El éxito en la consecución de estos objetivos radica no solamente en la existencia de un perfil en Facebook a nombre del Movimiento Estudiantil Colombiano en aras de convocar estudiantes a las manifestaciones callejeras, sino en las motivaciones y concepciones que se

plantearon para aprovechar ese dispositivo tecnológico en función de sus objetivos, los componentes de capacitación y formación para socializar la información, potenciar las diferentes actividades en diversos puntos del país, multiplicar el impacto de estas actividades, compartir opiniones, plantear posiciones, aprender conjuntamente como un valor agregado y proponer desde una plataforma de creación de posibilidades y de políticas (León, Burch, Tamayo, 2001) que llevaran el discurso de protesta a convertirse en una oportunidad para repensar el sistema educativo del país y las posibilidades del movimiento social.

En esta línea, el Movimiento Estudiantil Colombiano y la MANE usaron plataformas de acción tales como grupos de Facebook tales como la *Jornada Continental de Movilización en Defensa de la Educación* en función de la convocatoria a las movilizaciones y la información sobre el desarrollo de foros en diferentes partes del mundo y sus resultados, o de blogs tales como *Viva La MANE* que transmitía en vivo las jornadas de movilización en defensa de la educación por medio del *livestream* y que a la fecha sostiene foros e información permanentes sobre la actividad de la MANE, o como el blog *delaRepublica* que complementa noticias de actualidad sobre las actividades del Movimiento con artículos y ensayos relacionados y conectados con movimientos similares en Latinoamérica, o el blog *Movimiento Estudiantil en Colombia* que informa a los manifestantes sobre las manifestaciones y los puntos de encuentro. Y, aunque los anteriores son tan sólo algunos ejemplos, demuestran desde diferentes frentes cómo las Tecnologías de la Información y la Comunicación se convierten día a día en los dispositivos más eficaces a la hora de organizar, visibilizar, crear, comunicar y gestionar movimientos sociales en la realidad actual, los cuales, desde su heterogeneidad, buscan otro mundo posible.

PODER, RESISTENCIA, TIC Y MOVIMIENTO ESTUDIANTIL COLOMBIANO

De acuerdo a la teoría del acontecimiento, a partir de un planteamiento de pluralismo y multiplicidad se crean disyunciones y discontinuidades que crean movimiento, creación e innovación. Por otro lado, con base en los planteamientos de Foucault, la resistencia es un proceso de creación y transformación permanente constitutiva de las relaciones de poder, mientras el poder busca controlar esa capacidad de creación y de transformación de la subjetividad. En este sentido, las TIC han tenido implicaciones en esas relaciones de poder y, por tanto, en esa resistencia y, en últimas, en los acontecimientos que van modificando las subjetividades colectivas que llevan a cambios sociales. Todo lo anterior, se hace evidente en el proceso del Movimiento Estudiantil Colombiano y en el uso de Facebook y blogs como espacios que permiten resistencia.

Las TIC descentralizan el poder, y, al descentralizar el poder, se hace más sencillo descentralizar una resistencia que, en últimas, significa que cada individuo en su propia subjetividad es un sujeto de experiencia y, por tanto, un sujeto de resistencia. En el momento en que el gobierno colombiano se presenta como un ente de poder que intenta dominar, determinar y controlar la educación como un objeto privado al que se accede por medio de recursos públicos y deslegitimizarla como un bien de acceso público en tanto derecho ciudadano, los estudiantes se resisten y es la vida misma de estos sujetos la que emerge como fuerza de resistencia y de creación. Y, en este orden de ideas, las TIC se abren paso como unos dispositivos que permiten esa creación colectiva, que abren paso a esa resistencia y la articulan

convirtiéndola en pieza clave en las relaciones de poder ya que plantea un nivel comunicativo que alcanza una escala sin límites espaciales o temporales y posicionan al usuario de la red como un sujeto capaz de una participación y construcción política lo cual se evidenció en la erradicación de la Ley 30 y el impacto que el Movimiento Estudiantil tuvo en la sociedad colombiana.

Las TIC diseminan los mecanismos de producción de verdad antes centralizados en el Estado, en la escuela, en los líderes gubernamentales, o en los medios de comunicación de masas. En este sentido, estas nuevas tecnologías constituyen dispositivos de producción de verdad en red no dominados por un poder hegemónico y sus mecanismos de inclusión y exclusión sino que se disponen como un tejido social en función de una plataforma política que cada vez disminuye más la distancia jerárquica entre los dominadores y los dominados. Esta diseminación de las vías de producción de verdad conlleva, por otro lado, a una desisntitucionalización de los discursos en la medida en que antepone a los mecanismos de producción, exclusión, limitación y apropiación de aquellos discursos denominados como “verdaderos” otros espacios de acceso público que constituyen otros mecanismos de producción y apropiación de discursos más sociales que, de la mano del desarrollo de otras subjetividades, cuestionan el discurso “verdadero” abriendo paso a manifestaciones de resistencia y creaciones de mundos posibles con base en acontecimientos que conllevan a la participación política.

Las TIC implantan nuevas formas organizativas democráticas que requieren de la autogestión y de un papel participativo en la actividad social y política que se evidenció, en el caso del Movimiento Estudiantil, con una postura que no se limitó a asumir el Estado como el

enemigo, como aquel adversario al que hay que contravenir bajo cualquier circunstancia, sino que partió del cuerpo estudiantil como un colectivo capaz de construir en conjunto para llevar al Estado a decidir lo que ha de constituir un bien común para ese colectivo como sujetos participativos políticamente y no sólo adversarios ciudadanos. Así, las TIC desdibujan los totalitarismos al ver descentralizado el poder en tanto la mecánica ejercida permite una resistencia en red que no sólo se manifiesta sino que crea y transforma.

Y es esta misma descentralización la que permite un cambio en la subjetivación en tanto el sujeto se construye como un sujeto político en red con un cuerpo social que se resiste y transforma realidades por medio de la tecnología y esa reconversión subjetiva a nivel colectivo se manifiesta a través de la efectuación de esos posibles que se abren paso tras el acontecimiento. Mientras en la sociedad disciplinaria el poder individualizaba a los sujetos para gobernarlos, en la sociedad de control la tecnología une al cuerpo de sujetos en tanto dispositivo que convoca y congrega desde la multiplicidad y la heterogeneidad y con conceptos borrosos de lo que antes constituía la corporeidad, la temporalidad y la especialidad. No obstante, y como parte esencial de la postura que sirve como base a esta investigación, se hace necesario tener en cuenta a Castells (1996):

“esta elección metodológica no implica que las nuevas formas y procesos sociales surjan como consecuencia del cambio tecnológico. Por supuesto, la tecnología no determina la sociedad. Tampoco la sociedad dicta el curso del cambio tecnológico, ya que muchos factores, incluidos la invención e iniciativas personales, intervienen en el proceso del descubrimiento científico, la innovación tecnológica y las aplicaciones sociales, de modo que el resultado final depende de un complejo modelo de interacción”.

Esta nueva subjetivación, además de permitir la pertenencia a un cuerpo social y político, permite una construcción del ser caracterizada por la abstracción de la visibilidad en el sentido que el sujeto está presente de una manera interconectada, participativa e interactiva, no obstante, es un sujeto incorpóreo en tanto su presencia es material tan sólo en tanto mónadas que crean y actualizan mundos posibles y que se subjetivan gracias al acontecimiento. En este sentido, teniendo como base nuestro ejemplo, los sujetos de nuestra investigación se unen en torno a un proyecto social que se denomina Movimiento Estudiantil Colombiano en tanto individuos sociales singulares los cuales, desde su multiplicidad, su identidad y su subjetividad, coexisten en una red que constituye una plataforma de construcción política de un país desde una identidad que cada uno articula en la misma red y que permite una interacción conectada como mónadas que participan en torno a la eliminación de la Ley 30 como acontecimiento y a las manifestaciones y demás mecanismos sociales como efectucción, como producción de lo nuevo.

Mientras en la sociedad de la vigilancia, la disciplina individualiza para corregir y enderezar conductas, en la sociedad de control el cuerpo social de la mano de las TIC congrega para resistirse, para crear y transformar. A los edificios como estructuras de poder se imponen las manifestaciones callejeras como muestras de resistencia, a los Congresos y Parlamentos en los que unos pocos deciden por el pueblo se oponen blogs en los que todos construyen en conjunto, a la arquitectura del poder jerárquico dominante se opone la arquitectura de una red interconectada, a las estrategias y funcionamientos del poder se oponen las maniobras y las técnicas de la resistencia mundializada por la Internet, al cuerpo político del poder se opone el sujeto político de las TIC.

Y es, en este sentido, en que la resistencia y no sólo el poder se vuelven biopolíticos. Mientras el poder deja de concentrarse en el hombre/cuerpo para dirigirse hacia el hombre/especie en relación con “los procesos de natalidad, morbilidad y longevidad en conexión con problemas económicos y políticos” (Giraldo, 2008, p. 73), y, en tanto esta nueva biopolítica tiene que ver con la población, la resistencia en la red también se vuelve más colectiva, es el colectivo de estudiantes el que se manifiesta acerca de cómo se debe vivir, acerca de la educación como un derecho de todos y no un privilegio de pocos, acerca de cuáles son esas condiciones básicas de vida que no se negocian y que este colectivo exige como un derecho de masas, y en contra de cómo las relaciones de poder manejan las formas la circulación y el funcionamiento del conocimiento.

En este sentido, la educación se posiciona como un poder-saber que actúa sobre la población con efectos de regulación pero que empieza a ver su efecto transformado teniendo en cuenta que esta regulación ya no se limita a una mera normalización sino que, gracias a las posibilidades que traen las nuevas tecnologías, se abre un espacio para la exterioridad, la alteración y la alienación de la experiencia y su consecuente subjetivación, reflexividad y transformación. La educación y las TIC se transforman en un poder cuyo saber convierte a la tecnología en un dispositivo socioeducativo que permite al individuo hacer bioresistencia creando un doble devenir que se enfrenta a los valores dominantes y a los poderes establecidos, tal como fue el caso de la lucha por la educación pública en Colombia y en otros países de Latinoamérica.

La educación constituye un mecanismo de biopoder que se ejerce sobre la población como parte del proyecto de una tecnología de la población, no obstante, la escuela distribuidora de

esta educación como poder-saber también ha de ser portadora de nuevas variables en función de cuerpos y población menos utilizables, más capaz de un aprendizaje y de un conocimiento hacia la creación de experiencia, hacia una vida de acontecimientos, hacia el uso de las tecnologías como dispositivos que produzcan una resistencia desde esa alteridad hacia la creación. En tanto, “vivimos en la era de la biopolítica de las poblaciones, en la era de este poder contemporáneo que intenta administrar la vida en multiplicidades abiertas. Por ello, las nuevas luchas que aparecen ya no son por la restitución de antiguos derechos, sino por la vida, fuerza de resistencia que afirma la plenitud de lo posible” (Giraldo, 2008). Y, en tanto el biopoder se hace cargo de la vida en general, el ser humano se altera tras la experiencia, la resistencia se abre paso como la vida misma por entre redes que permiten acciones comunicativas las cuales, a su vez, permiten una unión humana sin precedentes históricos y el acontecimiento transforma y crea un nuevo mundo posible.

El Movimiento Estudiantil como manifestación de resistencia se apoyó en la vida del ser humano, en la población objeto de esta investigación en tanto que ser vivo, social y político, en tanto el objetivo de la lucha política es la vida misma por lo que el activismo social por medio de las TIC es una nueva manera de militancia biopolítica como manifestación de un cuerpo que se opone al comando y a las regulaciones del poder expresando el par posibles/consumación del acontecimiento.

Y lo anterior sucede en tanto estos jóvenes son sujetos de experiencia, sujetos de formación, sujetos de alteridad, y en tanto la experiencia los altera, la experiencia los afecta, la experiencia los inscribe en resistencias activas en el centro de una sociedad que se abre en redes. De esta manera, se establece una relación entre alteridad y resistencia que, de la mano

de las nuevas tecnologías, conlleva a una acción comunicativa en redes que transforma y crea nuevas posibilidades de vida, la consumación de los posibles. Y es la naturaleza participativa y colaborativa de la red la que permite el proceso de creación y transformación de la resistencia en función del acontecimiento y no limitarse a una negación del poder o de las relaciones resultantes. El Movimiento Estudiantil pudo haberse manifestado por una simple negación de la Ley 30 como imposición a la población ciudadana, no obstante, se convirtió en una experiencia que alteró al sujeto político el cual se resistió como cuerpo colectivo y creó una nueva posibilidad a partir del acontecimiento. Para lograrlo, la acción comunicativa en redes de construcción conjunta constituyó el espacio para el desenvolvimiento de un dispositivo que articuló una juventud política por medio del activismo social en función de un objetivo común.

En el momento en que el gobierno nacional instaura las políticas relacionadas con la Ley 30, lo que sucede es que se ejerce el poder sobre el cuerpo, sobre las acciones, sobre la vida misma en la medida en que la educación es un derecho constitucional, lo que, a su vez, provoca una alteridad en la población estudiantil, en tanto afectar es ejercer el poder y afectarse es la capacidad de resistencia, la cual, de la mano de las TIC como dispositivos de activismo social provocan una experiencia que conlleva a una creación de un mundo posible por medio del acontecimiento. La resistencia es una respuesta propia al mismo ejercicio del poder y a la alteridad provocada por éste en el individuo quien, por una nueva subjetividad basada en la interconectividad, la interconexión y la interactividad de la red y su resultante cibercultura, construye un entramado de acciones comunicativas que planifican un activismo social que ejecuta un acontecimiento de creación de posibles en función de una mayor justicia social.

No obstante, esta alteridad y su resistencia dependen de cambios en las relaciones de poder que a su vez modifican la manera en que el sujeto se altera y reacciona tras tal alteridad y ante las relaciones de poder en relación con esas vías de comunicación y cómo ellas han afectado su subjetividad. Se abren, entonces, nuevos espacios de resistencia como Facebook y los blogs en tanto constituyen espacios en los cuales es posible evadir el comando absoluto del poder, en los cuales la vida misma se resiste y escapa a los biopoderes, en los cuales se cuestiona el poder a partir de la libertad y la capacidad de transformación desde una posición que va más allá de la sociedad contra el Estado para posicionarse desde la sociedad por la sociedad, la sociedad por la lucha social, la sociedad que se opone, crea y propone en estructuras de redes sociales colaborativas y participativas. Lo que se construye en un diálogo a manera de comentarios sucesivos en un perfil de Facebook o de textos colectivos en un blog son discursos de resistencia que dejan de ser resistencias marginales para convertirse en movimientos activos en el centro de una sociedad que se abre en redes a nivel de luchas sociales en contra de los efectos del poder y a favor de la transformación de esas realidades.

Por otro lado, estos espacios se contraponen al poder que individualiza para dominar al hacer a los individuos sujetos por medio de una nueva subjetivación y la conformación de colectivos en redes aunque desde un planteamiento de pluralismo y multiplicidad basado en el hecho de que las diferentes partes de la sociedad pueden mantener relaciones exteriores a partir de mil modos de relacionar las “formas cada” sin que haya ningún tipo de relación unificadora que las encierre a todas dada “la imposibilidad de totalizar las singularidades en una unidad absoluta y completa, porque siempre hay algo que quede ‘fuera’” (Lazzarato, 2006), lo cual, a su vez, abre paso a discontinuidades y disyunciones que crean movimiento, creación e innovación. En este sentido, el Facebook y los blogs se convierten en espacios que

permiten resistencia así como discontinuidades y disyunciones sobre la base de la práctica de la libertad colectiva y descentralizada.

INTERVENCIÓN EN LA ESCUELA

La escuela cumple un papel protagónico en esta relación entre poder, resistencia y acción comunicativa del sujeto político en función del acontecimiento y de la creación de nuevos mundos posibles hacia la construcción de un mundo más justo en la medida en que de la escuela depende que esa conquista de las TIC como dispositivos de lucha por la justicia social y como espacios políticos de resistencia y transformación se lleve a cabo desde una postura crítica. La escuela es la encargada de hacer de las TIC más que una herramienta tecnológica, un dispositivo de creación bajo un carácter participativo y colaborativo en tanto sujetos políticos que pueden generar cambios sociales asumiendo actitudes de reconfiguración y construcción de realidades.

La escuela debe plantear el vínculo entre el conocimiento y la acción comunicativa hacia la transformación social, la diferencia entre el poder-saber que aliena, controla y domina y el saber-resistencia que crea y reconfigura, las posibilidades de la pedagogía como práctica o las potencialidades de la pedagogía como experiencia, la idea de habitar el mundo o de apropiarlo y transformarlo, la importancia de los medios para ejercer una participación política crítica y todo esto “no proporcionando las respuestas que serán específicas para cada sociedad y las

encontrarán por sí mismos los actores sociales, sino planteando algunas preguntas relevantes” (Castells, 1996).

De la misma manera, teniendo en cuenta lamentables pero comunes situaciones de nuestro país en relación con la presencia de grupos paramilitares o guerrilleros en diversos sectores del territorio nacional, corrupción generalizada a nivel público y privado, altos índices de pobreza, problemas de tipo ambiental, violencia intrafamiliar, prostitución infantil, tráfico de estupefacientes, entre otros, plantean todo un campo de acción a nivel educativo teniendo en cuenta que lo que sucede a nivel macrosocial se manifiestan en las instituciones educativas a nivel microsociales por medio del matoneo, falta de empatía en las relaciones interpersonales, deshonestidad general, embarazos en adolescentes, suicidios, ausencia de las familias en los procesos formativos de los estudiantes, entre otros.

Entonces, es en relación con estas problemáticas identificadas y muchas otras que adquieren especial relevancia para los estudiantes, en donde las temáticas académicas pueden encontrar estrategias prácticas de transferencia y aplicación que conlleven a propuestas de transformación de esas realidades. Y, en este aspecto, las TIC y los medios de comunicación son dispositivos fundamentales teniendo en cuenta que, entre más usuarios hacen uso de la web, más usuarios la complementan, mejoran y alimentan haciendo de ella un inmenso tapiz de posibilidades humanas bajo la base de la arquitectura de la participación y la socialización. Y es esta posibilidad de socialización en un marco de construcción de identidad - tanto individual como colectiva - y de conocimiento por medio de una interconexión permanente la que hace de la red una perspectiva tan interesante, atractiva y excitante para los jóvenes quienes constituyen la mayor parte de los usuarios y, por tanto, arquitectos de la red y la consecuente sociedad de la información y del conocimiento. Redes sociales como Facebook,

MySpace and Twitter son usadas preponderantemente por jóvenes en búsqueda de entretenimiento, consolidación de lazos sociales, posibilidades de expresión y voyerismo social; no obstante estas búsquedas se convierten, a nivel profundo, en un fuerte desarrollo social. A dónde nos lleve este cambio social, es aún objeto de investigación en tanto no es un proceso ni terminado ni predeterminado. La cibercultura, la universalidad, la interconexión, y todas las formas nuevas de socialización mediadas por la red y los medios de comunicación, hacen parte de este naciente ser humano, de su profunda naturaleza, de su mundo creado en conjunto.

Si la escuela no hace de esta realidad su espacio de análisis, si no hace de estos conflictos sus objetos de estudio, si no hace de estos seres humanos sus individuos, entonces estaremos educando unos ciudadanos que estarán rezagados de esta globalidad tecnológicamente comunicativa y sus procesos sociales, políticos, económicos y culturales. Por otro lado, si no hacemos de estas problemáticas temáticas de nuestras clases, no podremos desarrollar en nuestros estudiantes seres lo suficientemente críticos y conscientes de las problemáticas de nuestra sociedad como para poder cambiarlas. Y es en este último aspecto, en el cual adquiere especial relevancia una primera aproximación a nuestra realidad a partir de una perspectiva problematizadora que nos lleve hacia el uso de nuestro contexto como objetos de estudio que nos permitan la aplicación de las temáticas curriculares de los colegios, la transferencia de esos contenidos hacia situaciones reales, el desarrollo de un pensamiento crítico en relación con nuestro propio contexto, todo lo anterior mediado por la tecnología y los medios de comunicación como dispositivos que permiten esa interconectividad e interconexión en aras de esa inteligencia colectiva hacia la transformación social.

NUEVOS DESAFÍOS

Nuevos retos se abren en el futuro de las TIC como dispositivos de lucha por la justicia social, en especial, en lo relacionado con lo que Armand Mattelart (citado en Burch, 2011) ha denominado “las sociedades de la vigilancia” en “un mundo vigilado” también llamado “la globalización de la vigilancia”, teniendo en cuenta que los dispositivos de la vigilancia también se están globalizando siguiendo patrones de relaciones de poder por medio de modelos de disciplinamiento y control social a partir del hecho de que “el poder ya no busca disciplinar la sociedad sino que busca controlar la capacidad de creación y transformación de la subjetividad” (Giraldo, 2008).

Por otro lado, no se debe olvidar el hecho de que las TIC no hacen las revoluciones ni llevan a transformaciones sociales en sí mismas, en tanto constituyen sólo dispositivos que potencian la acción comunicativa del ser humano en función de objetivos construidos en forma conjunta, en el sentido en que sigue siendo la red social en cuanto tejido humano la que desarrolla consciencia, modifica conductas, y motiva y crea cambios en cuanto “el uso de los medios sirve para pensar, tener los medios hace parte de la ciudadanía, de la conciencia, de la necesidad de autoafirmación como sujeto” (Albuquerque, 2009, citado en Cogo y Barsi, 2011).

Por lo tanto, se deben seguir apoyando las iniciativas barriales, los grupos locales, las propuestas regionales con la mediación de la escuela y su involucramiento en redes sociales tecnológicas que los integren a iniciativas y actores más allá de sus fronteras y que les permitan, a su vez, un mayor impacto tal como lo señala Santos (citado en Scherer-Warren,

2005): “la creación de redes translocales entre alternativas locales es una forma de globalización contra-hegemónica – la nueva fase del cosmopolitismo. Será justamente así que la dimensión del pensamiento crítico, o sea, la dimensión cognitiva de las redes, podrá cruzarse con la praxis y contribuir al desarrollo de una solidaridad de lo local a lo planetario y viceversa, y a la creación de las respectivas estrategias emancipatorias”.

CONCLUSIONES

La política del acontecimiento y su planteamiento de cómo las diferentes múltiples y singulares partes de la sociedad mantienen relaciones exteriores a partir de mil modos de relacionar las “formas cada” sin que haya ningún tipo de relación unificadora que las encierre a todas, abre paso a discontinuidades y disyunciones que crean movimiento, creación e innovación. Esta posibilidad de movimiento crea, a su vez, “la producción de lo nuevo” que son los posibles que el acontecimiento hace emerger y una “reconversión subjetiva a nivel colectivo” en tanto la creación de un posible y su efectuación requieren “una doble creación, una doble individuación, un doble devenir que se enfrentan, a su vez, a los valores dominantes y a los poderes establecidos”. Es decir, estas nuevas posibilidades de vida se enfrentan tanto a lo que existe como a su propia efectuación. En este sentido, “un acontecimiento no es la solución de un problema, sino la apertura de posibles”, de soluciones que deben ser creadas, de posibles que deben construirse, de ejecuciones por efectuarse y, por tanto, lo posible es producción de lo nuevo.

Esta producción de lo nuevo es la plataforma para la acción política en tanto “creación doble que a la vez recibe la nueva distribución de los posibles y trabaja para su consumación en las instituciones, en los agenciamientos colectivos “que corresponden a la nueva subjetividad” que se ha expresado en el acontecimiento. Por su parte, esta acción política se manifiesta como un nuevo campo de lo posible y anuncia un orden social diferente, “un cambio en el orden del sentido”, en el cual se divisan nuevas posibilidades de vida y la decisión civil de llevarlas a cabo y hacerlas cumplir teniendo en cuenta la premisa de Leibniz en tanto “otro mundo es posible”, por medio de nuevos procesos de experimentación y de creación de la subjetividad y de agenciamientos que requieren de dispositivos e instituciones que estén en la capacidad de desplegar estas nuevas posibilidades de vida. Este documento plantea a las TIC como esos dispositivos que despliegan esa creación de posibles.

En este orden de ideas, la efectuación social de los posibles se lleva a cabo por el entrelazamiento y la cooperación de las mónadas en torno a un objetivo común pero sin perder su singularidad bajo la figura de una *net* de flujos y de redes tanto actuales como virtuales, en relación con la potencia de agenciamiento y de conexión. Estas redes se constituyen en todos distributivos en la medida en que son formas de coordinación de singularidades sin la totalización de sus elementos, y de esta manera, la constitución de un posible en un valor se lleva a cabo por esa integración de las singularidades.

En este contexto, la juventud actual encuentra en la tecnología un camino para entablar pactos con la sociedad de consumo, así como para establecer sus diferencias y sus críticas a esa misma sociedad. De esta manera, los jóvenes actúan políticamente tanto en la gestión de demandas estructurales como en el surgimiento y contagio de la crítica a los gobiernos y sistemas contemporáneos, lo que implica una reconfiguración de la subjetividad política de las

juventudes y una apropiación de territorios políticos teniendo en cuenta que los espacios institucionales de participación son entidades cada vez más agotadas para las juventudes actuales. No obstante, son esos mismos jóvenes, los que lanzan, por medio de sus movimientos de resistencia, de sus relaciones mediadas por la tecnología y de sus enmarañadas identidades cambiantes, el desafío de una posibilidad de cambio usando la tecnología como la plataforma para ejercer la ciudadanía tras ver limitados los espacios disponibles para su participación por las estructuras y formalismos políticos convencionales lo que, a su vez, permite la aparición de una nueva subjetividad y la posibilidad de transformación de un sistema político y de un sujeto político.

Este surgimiento hace parte del hecho de que las relaciones de poder implican necesariamente posibilidades de resistencia, y estas posibilidades de resistencia se abren paso de la mano de las relaciones predominantes en los grupos sociales, las cuales, en el caso de los jóvenes, se dan por mediaciones desde y con la tecnología en una negociación y una construcción conjunta nunca antes visibilizada en un juego de poder contra poder en una red de redes de colectivos identitarios que conforman movimientos sociales en la sociedad de la información. Lo anterior pone en evidencia la relación entre las relaciones de poder, las manifestaciones de resistencia, la comunicación y la acción humana que conlleva a la ejecución de los nuevos posibles que se abren con el acontecimiento.

Las TIC descentralizan el poder, y, al descentralizar el poder, se hace más sencillo descentralizar una resistencia que, en últimas, significa que cada individuo en su propia subjetividad es un sujeto de experiencia, un sujeto que se altera, y, por tanto, un sujeto de resistencia. Y, en este orden de ideas, las TIC se abren paso como unos dispositivos que permiten esa creación colectiva, que permiten esa resistencia y la articulan convirtiéndola en

pieza clave en las relaciones de poder ya que plantea un nivel comunicativo que alcanza una escala sin límites espaciales o temporales y posicionan al usuario de la red como un sujeto capaz de una participación y construcción política lo cual se evidenció en la erradicación de la Ley 30 y el impacto que el Movimiento Estudiantil tuvo en la sociedad colombiana.

Las TIC diseminan los mecanismos de producción de verdad antes centralizados en el Estado, en la escuela, en los líderes gubernamentales, o en los medios de comunicación de masas. Esta diseminación de las vías de producción de verdad conlleva, por otro lado, a una desintitucionalización de los discursos en la medida en que antepone a los mecanismos de producción, exclusión, limitación y apropiación de aquellos discursos denominados como “verdaderos” otros espacios de acceso público que constituyen otros mecanismos de producción y apropiación de discursos más sociales que, de la mano del desarrollo de otras subjetividades, cuestionan el discurso “verdadero” abriendo paso a manifestaciones de resistencia y creaciones de mundos posibles con base en acontecimientos que conllevan a la participación política. Las TIC implantan nuevas formas organizativas democráticas que requieren de la autogestión y de un papel participativo en la actividad social y política y desdibujan los totalitarismos al ver descentralizado el poder en tanto la mecánica ejercida permite una resistencia en red que no sólo se manifiesta sino que crea y transforma.

Y es esta misma descentralización la que permite un cambio en la subjetivación en tanto el sujeto se construye como un sujeto político en red con un cuerpo social que se resiste y transforma realidades por medio de la tecnología y esa reconversión subjetiva a nivel colectivo se manifiesta a través de la efectuación de esos posibles que se abren paso tras el acontecimiento. Esta nueva subjetivación, además de permitir la pertenencia a un cuerpo

social y político, permite una construcción del ser caracterizada por la abstracción de la visibilidad en el sentido que el sujeto está presente de una manera interconectada, participativa e interactiva, no obstante, es un sujeto incorpóreo en tanto su presencia es material tan sólo en tanto mónadas que crean y actualizan mundos posibles y que se subjetivan gracias al acontecimiento.

Y es, en este sentido, en que la resistencia y no sólo el poder se vuelven biopolíticos. Mientras el poder deja de concentrarse en el hombre/cuerpo para dirigirse hacia el hombre/especie y en tanto esta nueva biopolítica tiene que ver con la población, la resistencia en la red también se vuelve más colectiva.

En este contexto, la educación constituye un mecanismo de biopoder que se ejerce sobre la población como parte del proyecto de una tecnología de la población, no obstante, la escuela distribuidora de esta educación como poder-saber también ha de ser portadora de nuevas variables en función de unos cuerpos y una población menos utilizables, más capaz de un aprendizaje y de un conocimiento hacia la creación de experiencia, hacia una vida de acontecimientos, hacia el uso de las tecnologías como dispositivos que produzcan una resistencia desde esa alteridad hacia la creación.

En tanto, “vivimos en la era de la biopolítica de las poblaciones, en la era de este poder contemporáneo que intenta administrar la vida en multiplicidades abiertas (...) las nuevas luchas que aparecen ya no son por la restitución de antiguos derechos, sino por la vida, fuerza de resistencia que afirma la plenitud de lo posible” (Giraldo, 2008). Y, en tanto el biopoder se hace cargo de la vida en general, el ser humano se altera tras la experiencia, la resistencia se abre paso como la vida misma por entre redes que permiten acciones comunicativas las cuales,

a su vez, permiten una unión humana sin precedentes históricos y el acontecimiento transforma y crea un nuevo mundo posible.

La relación entre alteridad y resistencia, de la mano de las nuevas tecnologías, conlleva a una acción comunicativa en redes que transforma y crea nuevas posibilidades de vida, y la consumación de los posibles. Y es la naturaleza participativa y colaborativa de la red la que permite el proceso de creación y transformación de la resistencia en función del acontecimiento. La resistencia es una respuesta propia al mismo ejercicio del poder y a la alteridad provocada por éste en el individuo quien, por una nueva subjetividad basada en la interconectividad, la interconexión y la interactividad de la red y su resultante cibercultura, construye un entramado de acciones comunicativas que planifican un activismo social que ejecuta un acontecimiento de creación de posibles en función de una mayor justicia social.

De la escuela depende que esa conquista de las TIC como dispositivos de lucha por la justicia social y como espacios políticos de resistencia y transformación se lleve a cabo desde una postura crítica. La escuela es la encargada de hacer de las TIC más que una herramienta tecnológica, un dispositivo de creación bajo un carácter participativo y colaborativo en tanto sujetos políticos que pueden generar cambios sociales asumiendo actitudes de reconfiguración y construcción de realidades.

Y es en este último aspecto, en el cual adquiere especial relevancia una primera aproximación a nuestra realidad a partir de una perspectiva problematizadora que nos lleve hacia el uso de nuestro contexto como objetos de estudio que nos permitan la aplicación de las temáticas curriculares de los colegios, la transferencia de esos contenidos hacia situaciones reales, el desarrollo de un pensamiento crítico en relación con nuestro propio contexto, todo lo

anterior mediado por la tecnología y los medios de comunicación como mecanismos que permiten esa interconectividad e interconexión en aras de esa inteligencia colectiva hacia la transformación social, hacia un nuevo mundo posible:

Otro mundo posible sería un mundo en el que se hubiera condonado ya la deuda de los países empobrecidos; un mundo en el que los países ricos dedicaran realmente el 0,7% de su PIB a ayudar a salir del hambre, la pobreza y a la miseria a los países y poblaciones en peor situación; un mundo en el que las instituciones económicas y financieras internacionales estuvieran al servicio de las necesidades de la mayoría de la población; un mundo en el que se tasaran convenientemente los intercambios financieros y comerciales para favorecer a los que viven sólo de sus manos; un mundo con un mercado regulado en función de las necesidades de las gentes; un mundo en el que las actividades de la banca y de las empresas estuvieran controladas por los representantes de los ciudadanos; un mundo en el que se hubiera reformado profunda y democráticamente la estructura de las NNUU para igualar las voces y los votos de los representantes de todos los países; un mundo en el que hubiera una renta básica garantizada para la ciudadanía, con independencia de sus ocupaciones; un mundo en el que los tiempos para el trabajo, el ocio y el cuidado de los próximos se hubieran adaptado a las necesidades de las mujeres; un mundo en el que se hubiera garantizado la soberanía alimentaria y energética de los países y poblaciones pobres; un mundo en el que la democracia participativa complementa a la democracia representativa para que realmente tengan voz los que no la tienen o están infrarrepresentados en los parlamentos; un mundo de verdad atento a la sostenibilidad de la base natural de mantenimiento del planeta y, por tanto, amigo de la naturaleza en lo global y en lo local; un mundo atento tanto a la biodiversidad

como a la diversidad cultural; un mundo en el que los presupuestos que hoy se dedican a la fabricación de armas destructivas se dedicaran a potenciar la educación y la sanidad públicas... (Del Viso, 2009).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Amat, D., Brieger, P., Ghiotto, L., Llanos, M., Percovich, M. (2002). *La globalización neoliberal y las nuevas redes de resistencia global*. Buenos Aires: Argentina: Centro Cultural de la Cooperación, Departamento de Economía y Política Internacional.

Archila, M. (mayo, 2011). El movimiento estudiantil en Colombia: Una mirada histórica. En, *Revista del Observatorio Social de América Latina*, 31, 71-103.

Anderson, P. (2007). What is Web 2.0? Ideas, Technologies and Implications for Education. JISC Technology and Standards Watch.

Barbero, J.M. (2003). Saberes hoy: Diseminación, competencias y transversalidades. En: *Revista Iberoamericana de Educación*: pp. 17-54. España: OEI.

Bárcena, F. y Mélich, J. C. (2000). Emanuel Levinas: Educación y hospitalidad. En, *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Paidós.

Berman, S. (1990). Educating for social responsibility. En, *ASCD*: pp. 75-80. USA.

Blanco, C. (2006). La perspectiva crítica de la incorporación de las TIC. Aportes al problema de investigación de la línea de tecnologías en la educación. Módulo Seminario de Problematización. Facultad de Educación. PUJ.

Burch, S. (2011). Activismo y comunicación digital.

Castells, M. (1996). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. La sociedad en red*. Prólogo y Capítulo 1. Vol. 1. Siglo XXI. México.

Cogo, D. y Barsi, D. (2011). Movimientos juveniles, medios digitales y prácticas de ciudadanía en Fortaleza (Brasil). En: *Observatorio (OBS) Journal*, vol. 5, 35-57.

Del Viso, N. (mayo-julio 2009). Entrevista a Francisco Fernández Buey. En: *Boletín ECOS*, 7.
Extraído el 11 de octubre de 2012 de
<http://www.fuhem.es/media/ecosocial/file/Boletin%20ECOS/Boletin%207/ENTREVISTA%20%20Francisco%20F.%20Buey.pdf>

Fournier, M. (s. f.). Cultura y violencia. Extraído de <http://www.iadb.org/sds/doc/1035spa.pdf>

García, M. y Uscátegui, A. (2011). *Redes sociales virtuales. Más allá de la mediación tecnológica* (Fondo para el Desarrollo de la Investigación, FODEIN). Bogotá: Colombia, Universidad Santo Tomás, Facultad de Comunicación Social para la Paz.

Giraldo, R. (2006). Poder y resistencia en Michel Foucault. *Tabula Rasa*, 004, 103-122. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/396/39600406.pdf>

Giraldo, R. (2008). *Poder, Resistencia y subjetividad en Michel Foucault*. Bogotá: Universidad Libre.

Giroux, H. (1983). Teorías de la reproducción y la resistencia. En, *Harvard Education Review*: No.3. USA.

Hopenhyan, M. (2003). Brechas de sentido: entre las TIC, la cultura y la educación ¿Cómo las nuevas tecnologías afectan la educación convencional? Documento en línea.

Klein, N. (2000, julio 10). Una nube de mosquitos. *The Nation*. Traducción extraída de http://www.rebelion.org/hemeroteca/sociales/nube_mosquitos180101.htm el 11 de octubre de 2012.

Larrosa, J. (1995). Escuela, poder y subjetivación. Colección Genealogía del poder. Madrid: La piqueta, Ed.

Larrosa, J. (2001). La experiencia y sus lenguajes.

Lazzarato, M. (2006). Políticas del acontecimiento. Buenos Aires: Tinta Limón.

León, O., Burch, S., Tamayo, E. (2001). Movimientos sociales en la red. Quito: Agencia Latinoamericana de Información.

Lévy, P. (2007). Cibercultura. Barcelona: Antrophos.

Lichilin, A. (1999). La construcción del problema y la lógica del sentido. Segundo módulo. Serie Investigación. Maestría en Educación, modalidad a distancia. (5-21). Bogotá: Javergraf.

Martí, S. (2004). Los movimientos sociales en un mundo globalizado: ¿alguna novedad? En, *América Latina Hoy*, 36, 79-100. Extraído de <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/308/30803604.pdf> el 11 de octubre de 2012.

Martínez, J.E. (2008). Participación política juvenil como políticas del acontecimiento. En, *Revista Argentina de Sociología*: pp: 148-168. Extraído el 29 de septiembre de <http://www.scielo.org.ar/pdf/ras/v6n11/v6n11a08.pdf>

Mejía, M. (2008). Las pedagogías críticas en tiempos de capitalismo cognitivo. Expedición Pedagógica Nacional, Programa Ondas. Extraído el 10 de enero de 2013 de http://www.cepalforja.org/sistem/sistem_old/pedagogias_criticas.pdf

Muñoz, G. (s.f.). Nuevas subjetividades y ciudadanías juveniles mediadas desde la comunicación en la cultura. Módulo formación en docencia en ingeniería. Diplomado Jóvenes y Adultos: Una Pedagogía del Encuentro. Instituto de Estudios Sociales y Culturales. Pontificia Universidad Javeriana: Bogotá.

Ospina, W. (1997). Colombia: el proyecto nacional y la franja amarilla. En, *¿Dónde está la franja amarilla?* (pp. 45-111). Bogotá: Autor.

Postman, N. (1994). *Tecnópolis: la rendición de la cultura a la tecnología*. Barcelona: Circulo de lectores.

Reguillo, R. (2011, Marzo). “Los jóvenes creen en el dios Hoy por sobre todas las cosas”. *Revista de Cultura Ñ*. Extraído el 15 de septiembre, 2012, de http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/ejercito-desesperanzados-Rossana-Reguillo_0_434356570.html

Reguillo, R. (2012). Navegaciones errantes. De músicas, jóvenes y redes: de Facebook a Youtube y viceversa. En, *Comunicación y Sociedad, Nueva Epoca, 18*, 135-171. Extraído el 8 de octubre de <http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/ppperiod/comsoc/revista18/6.pdf>

Reyes, R. (s.f.). *Tecnologías y educación: movimientos telúricos desde las culturas juveniles*. Ponencia presentada en II Encuentro Nacional de Investigación de Estudiantes, Bogotá, Colombia.

Sáenz, J. (2007). *La escuela como dispositivo estético*. Buenos Aires, Argentina: Centro de Estudios Interdisciplinarios.

Scherer-Warren, I. (2005). Redes sociales y de movimientos en la sociedad de la información. En, *Nueva Sociedad, 196*, 77-92.

Taguenca, J.A. (2009). El concepto de juventud. *Revista Mexicana de Sociología, 71, núm. 1*, 159-190.

Terigi, F. y Diker, G. (1997). *La formación de maestros y profesores: hoja de ruta*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Valera, G. (2001). Escuela, alteridad y experiencia de sí. La producción pedagógica del sujeto. *Educere, 013*, 25-29.

Vasilachis, I. (2006). Estrategias de investigación cualitativa, Barcelona, Gedisa. Extraído el 1 de febrero de <http://tecnoeduka.orgfree.com/documentos/investiga/articulos/investigacion%20cualitativa%20-%20vasilachis.pdf>

Vattimo, G. (2001). Postmoderno: ¿una sociedad transparente?. En Martínez, J. (Comp.), *Subjetivación y lenguaje* (pp. 106-120). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Weber, M. (1988). La política como vocación, en *El político y el científico*, Madrid, Alianza.